

LUCES SOBRE EL CELEMÍN

VICENTE GARRIDO PASTOR

*Fundador del Instituto Secular
Obreras de la Cruz*

LUCES
SOBRE EL
CELEMÍN



VALENCIA

1995

Puede imprimirse.

**Andrés, arz. de Valencia*

28 de octubre de 1992.

© Instituto Secular Obreras de la Cruz

I.S.B.N. 84-920343-2-7

Depósito legal: V. 230 - 1995

Artes Gráficas Soler, S. A.

La Olivereta, 28 - 46018 Valencia

JUSTIFICACIÓN

ESTE libro, como dice el Padre en la PRESENTACIÓN, es una recopilación de los artículos escritos por él y publicados en el "Boletín de Información" de los años 1945 a 1969. Se hizo a multcopista, para uso privado de las Obreras, en 1969.

Al imprimirlo ahora, se han añadido los artículos que escribió el Padre desde esa fecha hasta la última nota, de 1974.

Se ha respetado fielmente el original, añadiendo las fechas de ingreso de las Obreras en el Instituto, y un índice alfabético de las mismas. También se ha normalizado la puntuación.

Aquí podrás admirar flores de eterna vivencia, a las que el tiempo no puede marchitar. Sus perfumes de virtud y de ejemplaridad, hacen atractivas estas páginas.

EL PADRE

PRESENTACIÓN

COMO ofrenda merecida a las Obreras de la Cruz difuntas, recogemos en este libro, el primero de la serie de los muchos que se publicarán, los artículos escritos y que se contienen en los Boletines de los años 1945 al 1969, seguro de que su lectura servirá de gran provecho, al rememorar vidas y hechos de las que se nos adelantaron en la posesión definitiva del reino de Dios en el cielo.

A las que aquí se mencionan, igual que a las que, por carecer de datos, o por circunstancias que aconsejaron velar su nombre, no se mencionan, nuestra admiración, recuerdo y gratitud.



Santa María del Monte, 12 de noviembre de 1969

Trinidad Alpera Roig

13 de junio de 1934
† 28 de junio de 1934

El día 28 de junio se cumplirá el undécimo aniversario de la muerte feliz de TRINIDAD ALPERA ROIG. Fue la primera presidenta de nuestra Obra, en su nacimiento. Unos días le bastaron para darle calor y hacerla germinar. Se ponía la primera base de nuestra Obra el 13 de junio de 1934, y ella se despedía de esta tierra de destierro en la mañana del 28 de junio.

Alma dotada de muchas gracias naturales y sobrenaturales, alimentó un solo deseo en su corazón: amar y hacer amar a Jesús. “Quisiera hacerle –decía– una casa como una catedral, para que Jesús fuese glorificado”. “Quisiera darte, Señor, más de lo que siento.” “Hoy es un día grande. Te pido por un grupo de almas a las que has dado una misión delicada, un gran tesoro, un privilegio sin igual. No ceses de derramarles los dones que más necesiten. Son tus predilectas.”

El Señor hará que vea desde el cielo, un día, realizadas sus ansias. Desposada con Cristo, ha sido la primera flor que, apenas nacida entre nosotros, la cortase su divino Esposo para llevársela junto a él. La Obra le

debe uno de los primeros alientos de su vida. En ese día unamos nuestras oraciones y recuerdos por ella. Su generosidad fue grande para nosotros; nos quería como su mejor cosa. ¡Gratitud y alabanza a Dios!

Carmen Soler Villar

28 de junio de 1939
† 5 de julio de 1945

EN la mañana del 5 de julio descansó en la paz del Señor nuestra Obrera CARMEN SOLER VILLAR, en la Casa-Cenáculo de Moncada (Valencia). Nos ha dejado a la edad de 73 años, vividos, desde su niñez, para el servicio de Dios. Su enfermedad, muy dolorosa, la fue consumiendo durante seis meses.

Es la primera Obrera interna que ha fallecido. Su cuerpo, amortajado con el hábito de la Santísima Virgen de los Dolores, fue conducido, a hombros de las Obreras, al cementerio, después de celebrada la misa de *corpore insepulto* por el vicario de la parroquia, D. José Ferrer Lloréns, en la capilla de nuestro Cenáculo. Procesión silenciosa, tristemente solemne, era la que formaban las Obreras internas de los distintos Cenáculos y algunas externas, desgranando sus rezos.

La Obrera Carmen, siempre fiel, desde el primer momento, fue la primera secretaria de la Junta de nuestra Obra. En su casa comieron las primeras futuras Obreras, el día del primer retiro, celebrado el año 1934. Su corazón generoso, consagrado a Jesús, no

supo de otros cariños que los divinos. Alma muy de Dios, nada rehusó, en su larga vida, de las muchas amarguras y sacrificios.

Para más poder aportar a nuestra Obra, quiso estar prestando unos años de servicio, y era ésta su frase: “Quisiera, Padre, poderle traer millones”. Lo dio todo para su Obra, la que le debe mucho, por su intervención efficacísima en los primeros momentos. Amiga muy querida e inseparable de nuestra primera presidenta, la asistió en su penosísima enfermedad, prodigándole sus mejores cuidados, hasta el último momento.

Jesús le habrá premiado tanto bien como nos hizo. Ni un ápice se salió de las directrices que le fueron señaladas. La humildad fue el distintivo de su vida. En sus años de pujanza corporal, como más tarde, cuando sentía menguar sus fuerzas, solía repetir al considerar su indignidad: “Señor, no soy digna de vos y vuestras gracias; pero también los perritos tienen derecho a las migajas que caen de la abundancia de vuestra mesa”. Y este pensamiento fue siempre uno de sus mejores consuelos. Ante los mandatos y correcciones, no tuvo otra respuesta que obedecer y humillarse, sin réplicas ni excusas.

Fue muy probada. Entre estas pruebas, destaca la de cuidar ciertos enfermos, pobres y desamparados, con un cariño de madre, hasta recibir la orden de ¡basta!

Llegó a ser alma de mucha oración, íntima presencia de Dios y, sobre todo, fiel a la dirección espiritual. Muy instruida en las materias espirituales, conocía la ascética y mística de nuestros mejores autores, cuyas

frases y sentencias repetía con feliz memoria. En medio de los trastornos que empezó a producirle la enfermedad, en su última etapa, tuvo momentos de plena lucidez y elocuencia de admirable doctrina espiritual.

Una Obrera más que intercederá por nosotros en el cielo. Otra piedra básica oculta en la tumba, sobre la que empieza a levantarse nuestra nueva casa. ¡Gloria siempre a Dios y a la Virgen, su Madre, en sus queridas Obreras de la Cruz!

Gloria Ramos Ripoll

17 de mayo de 1941
† 17 de mayo de 1943

EL día 17 de mayo será el segundo aniversario de la muerte de nuestra querida Obrera GLORIA RAMOS RIPOLL.

El tiempo no mata nuestro amor ni disminuye el recuerdo. Los grandes de la tierra desaparecen, los pequeños en ella son cada vez más amados y conocidos.

Pasa el tiempo, pero entre nosotros sentimos cada vez más real, más palpable, su presencia. El ejemplo de sus virtudes y amor a Cristo es una luz perenne que nos alumbra el camino hacia Dios. Su vida oscura en la tierra, de humildad, anonadamiento y abnegación, es como la estela luminosa que nos marca el camino que toda Obrera ha de seguir. Perfecta en todo, era fidelísima al Señor y su Obra. Comprendió rápidamente lo que es ser Obrera y, con decidida voluntad, se abrazó a la cruz que como tal le entregó el Señor.

Fue santa en la tierra sólo para su Dios. Sencilla y humilde, no advertía que iba embalsamando a las almas que trataba con el perfume de su virtud.

Víctima de amor, fue consumido su corazón por el Amor. Y aquel que ante los soberbios es duro y ante los humildes suave, cogió a esa perla, trasladándola de la concha de su Obra a la de su corazón. Desde allí el Señor la glorifica en el cielo y en la tierra. Son grandes y continuos los favores que las personas reciben por su intercesión. La Obra nota poderosamente su influencia continua. El alma que ama a Dios como ella lo amó, se hace fuerte. Esa es la muerte que a toda Obra le está reservada.

Como san Pablo, pudo repetir estas palabras: "Combatido he con valor, he concluido la carrera, he guardado la fe. Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada".

Vicenta Esteve Salas

16 de julio de 1942

† 17 de noviembre de 1943

RECORDAMOS a nuestra ejemplar Obrera externa VICENTA ESTEVE SALAS, que falleció el 17 de noviembre de 1943, con inesperada muerte. En esa hora le acompañaron sus dos amores únicos: Jesús y la Virgen de los Dolores, ¡los quería tanto! Con ellos partió a su deseada patria del cielo.

Su vida fue cadena continuada de sufrimientos. El Señor puso sobre ella toda la cruz. Alma llamada, sin duda, para sufrir, probó todas las amarguras interiores y exteriores. Su enfermedad, connatural en ella durante muchos años, sirvióle para una purificación dolorosa.

El amor al Señor sostenía sus fuerzas e impulsaba su vivir, en ocasiones tan raro que sólo así se podía explicar. Para llegar a las almas y traerlas a Dios, no regateaba medios, hasta los más humillantes. Varias veces prefirió a una buena mesa, la comida pobre de una Casa de Caridad, para ponerse en contacto con aquella gente y enseñarles a Dios. Y más de una vez hizo su pesca y evitó males.

Ni desdeñó el mendigar, para con su óbolo pagar el coste de los ejercicios de bastantes pobrecitos. A la conquista de las almas dirigió siempre su actividad. Nada tenía ni quería poseer. No soportaba ni el ligero peso en su bolsillo de una peseta en papel. La había de dar... Jesús pobre, decía, y yo pobre también.

La Virgen constituía como su predilecta locura; la Obra era su obsesión. Pero el Señor la quería como canario sin jaula. Había de cantar la gloria divina a su modo, sin asfixia de espíritu, entre sufrimientos en su naturaleza. Pronta a la abnegación, de la que dio muestras hermosísimas en todas las ocasiones que se le presentaban, por difíciles que fueran. Para ello, en cuántos casos tuvo que andar largos kilómetros a pie, sin comer, tras muchas horas, otra cosa que algún pedazo de pan. Era muy querida de las señoras que trataba; la llamaban para que domesticase a su servidumbre, y para eso tenía gracia especial de atracción.

¡Si hoy viviera y pudiese ver cómo se levantan los muros de nuestra casa! Soñaba con ella. Estemos seguros de que su óbolo desde el cielo será muy crecido.

El nombre de Vicenta Esteve va vinculado desde el primer momento a nuestra Obra. Por ella había ofrecido al Señor su vida. Rindámosle el tributo de nuestro mejor recuerdo; en el día 17, tengamos presente a la que fue una verdadera Obrera de la Cruz.

Concepción Olba Martínez

4 de agosto de 1942

† 22 de abril de 1945

A las dos de la tarde del domingo, día 22, falleció nuestra querida Obrera externa CONCHA OLBA MARTÍNEZ, en la ciudad de Liria (Valencia). Ha sido víctima de una explosión en un taller de pirotecnia que ella personalmente dirigía. Quería sufrir por Cristo y ganarle almas, y este deseo la sujetó a ese rudo trabajo que ocupó su vida.

Alma tan de Jesús que ni un momento perdió su vida unitiva amorosa con Dios. El padecer era su goce y su ansia, expresada en estas frases: “¡Qué dulce es padecer por Jesús!, ¡qué alegría cuando se le trae un alma!, ¿qué haré yo para sufrir más, para amar más?” Subió en la oración continua a los altos grados a los que sólo llegan las almas águilas. Desde muchos años ha, su corazón sólo fue para Dios.

Como Obrera, bastará decir que fue fidelísima y de un espíritu completo. Ningún mes faltó su óbolo. La limosna de una trabajadora. Expresaba su entusiasmo por nuestra Obra con estas palabras: “¡Qué grande es nuestra Obra, y que Jesús me haya llamado a mí para

ella! ¿Cómo se lo pagaré?” Obrera desde el año 1942, emitió sus votos el 14 de enero de 1945.

Sus deseos de Dios eran tantos que con frecuencia decía: “¡Cuántas ganas tengo de ver a Jesús! ¿Cuándo, Padre, llegará esa hora? ¡Qué dulce será morir por Cristo!”

Penitente, abnegada, humilde siempre, no supo de quejas; sí siempre de sonrisas, de afabilidad, de amor para con todos. Su vida fue de alma santa, de Obrera ejemplarísima, de apóstol incansable. El Señor le concedió una muerte dolorosísima y humildísima.

Un rico ataúd albergaba su cuerpo torturado. Estaba vestida con su traje de trabajo. Toda una Obrera. En su pecho, su amada medalla de nuestra Virgen; en sus manos, el Esposo...: el santo crucifijo. Los dos marcharon con ella. Todos la siguieron por entre aquellas largas calles. El gentío era imponente. Parecía un día de gran solemnidad. Lloraban los hombres...; las niñas del Catecismo se despedían de su madre...; las mujeres de Acción Católica perdían uno de sus más activos y mejores elementos.

¡De qué manera exalta Jesús a sus Obreras! En la tumba descansó su cuerpo, siempre dolorido y casto, acompañado de Jesús y la Virgen, y en el cielo... goza su alma para siempre. Una Obrera más que ruega ya por nosotros desde el cielo.

Virtudes Cuñat Cuñat

4 de agosto de 1942

† 22 de setiembre de 1945

OTRA Obrera externa que Jesús se ha llevado para él eternamente. Su enfermedad, muy dolorosa, se manifiesta en su semblante por la palidez de su rostro, la sonrisa en sus labios, y la dulzura en sus palabras y miradas. Olvidada de su mucho sufrir en el lecho, sentía pena por si llevaba vida demasiado cómoda, y temía que el Señor le pidiese cuenta de tanto regalo y descanso.

Su vida ha sido la de una Obrera ejemplarísima. Favorecida en gran manera por la acción de la gracia, muy llena siempre de Dios, de rectitud sobrenatural, inflexible en todas sus cosas, sincera y sencilla como alma de niña, voló muy alto en la virtud y en el amor divino. ¿Qué no hubiese hecho por Cristo? Un pensamiento absorbió su vida: Jesús.

Las almas fueron el ansia de su corazón. Por ellas ha vertido sin cesar pedazos de su vida, tan fecunda que no hallamos desperdicio. Catecismos, congregaciones, Acción Católica, pobres, visitas...; todo el vasto campo del trabajo apostólico ha recibido la influencia

eficaz de su intervención. Bien la podemos llamar: Obrera, alma de su parroquia. Cuantos a ella se acercaron recibieron consejos, enseñanzas, ánimos, ejemplo y sonrisas de un alma enamorada de Dios.

Fidelísima a nuestra Obra. ¡La amaba tanto! Fue muy acendrado su amor a la Virgen, de la que se despidió en su última noche de reparación que hizo en la Casa-Cenáculo de Moncada, estando ya enferma. Allí pasó toda la noche, sin quererse retirar.

Todos la echan de menos: niños, jóvenes, mujeres, hombres. Jesús y la Virgen lo han querido así. En los últimos días sólo pensaba en el cielo, sólo sabía hablar del cielo. Y sonriendo me decía: “Me reprochan que yo no me acuerdo de nadie, que soy una egoísta, que para mí no hay otra cosa que el cielo. ¿Pues... no es verdad, Padre, que no hay otra cosa para mí que el cielo?”

En verdad que ésta es la herencia de las Obreras como tú, que supiste llevar en tu corazón encendida siempre la llama del amor a Cristo y a su Madre Santísima, y buscaste a las almas en las horas del día y de la noche, negándote el necesario descanso, hasta conseguirlas para Dios. No temas, venciste en la vida, y vas a rematar tu victoria en la muerte.

Una Obrera más que pedirá por nosotros. Su última noche fue de viernes a sábado: noche de reparación; luego, la comunión, quedándose a solas con Jesús, para morir minutos después. Marchóse llena de Cristo, de la noche al día eterno.

Gloria Ibáñez Sempere

1 de diciembre de 1942

† 16 de setiembre de 1946

JESÚS y la Virgen han visitado nuestra Obra. Y en su visita han tomado de nuestro rosal universitario una preciosa flor para llevársela al cielo: GLORIA IBÁÑEZ SEMPERE, nuestra Obrera externa, tan ejemplar y querida.

Había terminado con gran brillantez su Licenciatura de Filosofía y Letras en nuestra Universidad de Valencia, y a punto estaba de finalizar la carrera de Magisterio.

Unos días antes de morir, aún medía con su mano temblorosa los compases musicales, y sonriendo decía: “Ya lo he aprendido. Ya me puedo examinar de Música”.

Ha muerto en el atardecer del 16 de setiembre, luego de un mes de enfermedad, cuando contaba 21 años. ¡Qué juventud más fecunda! Podemos decir que en su persona, dotada de tan excelentes condiciones, en su constante laboriosidad, en sus virtudes, a fuerza de sacrificio alcanzadas, y en su vivir tan de Dios, se ha plasmado la auténtica Obrera, cabal y completa,

realizando en sí, y tan humildemente, lo que debe ser una Obrera de la Cruz.

Sus facetas son muchas y muy brillantes. Todas lucen a la par, sin apenas hallar sombras que las empañen. Su vivir responde a esta su consigna: “Primeros ejercicios: conversión. Segundos: vocación. Terceros: santidad. Todo lo puedo en aquel que es mi fortaleza. Nueva vida. *In nomine Christi*. Jesucristo me pide la santidad. Apostolado, santidad, dureza, constancia: mi proceder ante el lema que resume la vida de la Obrera de la Cruz, Gloria a Dios”.

Y desde este punto, que señala su mejor decisión, arremete con brío y lucha varonilmente, para alcanzar la santidad. Su piedra básica, sólidamente colocada en su yo, es la humildad, tan bien entendida que no hubo nunca en sus labios palabra de exaltación propia, ni de humillación ajena. En todo flotaba y en nada buscaba flotar.

Tuvo completo dominio de sí misma, señorío sobre su voluntad de hierro, siempre inquebrantable ante el *deber*, en cuyo cumplimiento hacía consistir la santidad. Y así escribe a una Obrera: “Es preciso que salgáis todas de ellos –los ejercicios– no ya muy santas, sino cumpliendo simplemente el deber de cada una, es decir, la voluntad de Dios. No deseo otra cosa que la gloria de Dios. Allí donde le glorifique, no echaré de menos nada. Así pues, ni siquiera deseo los santos ejercicios”.

En ella campea su fidelidad absoluta a Dios en sus superiores, difícil de ser superada. Sus resoluciones eran a manera de fuertes martillazos con los que supo moldearse y autoformarse esta gran Obrera de la Cruz.

Su caridad ardiente quema su corazón en deseos de derramar el bien, y, ante su impotencia económica, halla recurso en dar su propia comida, y vender sus queridos libros para socorrer la necesidad. Tras su sonrisa, que hablaba de Dios, ocultábase su abnegación heroica. Escuda lo que ella llamaba su más rica joya, la *virginidad*, con una modestia total.

Tuvo intuición singular sobre las personas, cosas, especialmente en lo relativo a la vida espiritual: penetración rápida, clara, en el modo de entender y practicar la virtud. Alma transparente, sencilla, fácil, sin recodos, con naturalidad sobrenaturalizada, no podía transigir con la doblez, el mimo, la hipocresía; toda ella fue siempre *verdad* en todo momento.

Espíritu recio, concibió la santidad tal como es: el *deber* a secas, el amor con obras, la Obrera en trabajo, el vencimiento sin excusas —jamás le oí alguna—; era su ciencia: callar, vencerse, y, con mortificación, humillarse. A manera de coche bien construido, su voluntad fue motor potente, muy fácil de conducir. Una palabra bastábale para que se encendiese en su alma la luz de la comprensión.

Prácticamente, no hubo para ella montañas en su vivir, porque todo lo superaba con rapidez admirable. Cuántas veces encontró la solución a sus conflictos interiores y externos en su generosidad, constancia, acertada visión, y en el ímpetu de su enérgica voluntad.

Triunfó en las letras y en la virtud; su obsesión era: sólo por Dios. Tuvo la rara ciencia de no saber buscarse a sí misma, mas sí de buscar y ver a Dios en todo. Y, en este aspecto, escribía: “Un libro puede darme

cultura. Estoy dispuesta a dejarlo por conocer a Cristo. Tendré sabiduría de Dios. Seré necia por Cristo. Un libro puede ser muy bello. Sólo me interesa la Belleza increada. No hablaré con nadie sin encaminar mi conversación a Dios”.

Destaca por su prudencia. ¡Qué bien practicó “el saber hablar y el saber callar”! Y encantaba su obediencia tan equilibrada, rápida, segura.

Otra Gloria que se nos fue. “No será tanta mi dicha que la Virgen se me lleve. ¡Me queda tanto por hacer! Creo que aún no lo merezco. ¿Qué mérito tengo yo para que tan pronto se me dé el premio?” Así hablaba en sus postreros días.

Todo es de admirar en esta Obrera, cuya palabra le llenaba el corazón. “¿Y yo como la Virgen, Obrera?” Y besaba con efusión encendida y repetía los besos a su Virgencita amada. ¡Y cuánto la amó! Desde el instante de su llamamiento, su vida quedó unida a estas dos vidas: Cristo y la Virgen de los Dolores. Para su consuelo y gloria estudió, luchó, vivió y murió.

Podemos a la vista de su vida sobrenatural tan robusta, viril y, a la vez, remansada en una profunda paz inalterable, empapada de amor divino, decir que nuestra Gloria ha subido muy alto en la virtud y la santidad. Precioso ejemplar para nuestra juventud orgullosa y decadente.

Y es justo que exaltemos con frases de verdad a la que tan humilde se hizo ante todos, no obstante tener en su mente una potencialidad creadora; en su voluntad, energía y decisión poco corrientes; en su carácter, arranques de santos; en su corazón, la vehemencia inflamada de amor a su Dios. Para ella lo fueron *todo*:

Cristo, la Virgen, la Obra, sus “hermanitas” las Obreras.

Su recuerdo no puede morir entre nosotros. Parece ayer cuando sonreía, y hoy... ya sonrío, vencedora, desde el cielo. Esta Obrera perfecta ha enseñado el modo fácil de recorrer el camino. No lo olvidemos.

M.^a Vicenta Ortiz Morán

3 de octubre de 1947

† 28 de octubre de 1947

HA muerto nuestra Obrera externa M.^a VICENTA ORTIZ MORÁN.

Se la llevó el Señor el día 29 de octubre, en plena carretera de Valencia a Buñol –su pueblo–, cuando era trasladada en un coche-ambulancia desde el hospital a su casa, después de haber sufrido una penosísima operación quirúrgica. Varios días de mucho padecer, pero de un continuo sonreír. ¡Amaba tanto la cruz! Aunque recostada en el lecho, sus espaldas descansaban sobre un saquito de arena, madero de cruz. El Señor –me dice– sólo tenía un tronco del que recibía tormento en vez de descanso; yo, ¡aún tengo tantas comodidades! No pide que se le quite el sufrir, sino fuerzas para más padecer.

Alma varonil, de temple recio, de voluntad gigante, de amor decidido, recorre en poco tiempo, pero de modo veloz, la carrera de la santidad. Nada teme; se impone a sí misma, para afinar su alma según “el gusto de Jesús”. Es prudente, pero rápida, en sus decisiones; es jovial y atrayente, pero discreta y casta. Por

su pureza, ha sido un ángel; por su amor a la cruz y sus dolores varonilmente soportados, heroica; por su caridad, un corazón que se desbordaba; por su acción y sus vivos deseos, un alma auténticamente apostólica...

Ha sido toda una Obrera. Poco tiempo la hemos tenido entre nosotros. Ingresó el 4 de octubre de 1947, y la llamó el Señor el 29. Qué pocos días, pero qué largos en fecundidad. Qué Obrera se sentía. "Si me curo ¿podré ingresar como interna? Vd. no sabe cuánto lo deseo, para servir más al Señor; pero, lo que él quiera".

En plena juventud, agraciada con talento y hermosura, se troncha esta flor de repente... Una terrible enfermedad la consume... Es ya la joven "víctima" ofrecida como una hostia de alabanza, santa, pura, ofrecida a Dios para reparar lo de los suyos, lo de su pueblo. Y la víctima ha recibido con alegría el beso del dolor y de la muerte. Sin duda tenía Jesús reservada para M.^a Vicenta, una vocación, una llamada que respondiese a sus aspiraciones: ser Obrera de la Cruz. Y apenas transcurridos cortos días de sentirse y ser Obrera, la víctima ha consumado su inmolación. ¡Secretos de Dios! Una Obrera más de las que montadas en el avión "víctimas", voló al cielo.

Permanecía en secreto su condición de Obrera. La muerte todo lo ha revelado. Todo Buñol sabe que M.^a Vicenta es Obrera de la Cruz. Ante su cadáver ha desfilar el pueblo, en verdaderas oleadas. El entierro ha sido imponente. Las lágrimas cayendo de los ojos de los hombres y mujeres y, en medio de este cuadro de pesadumbre, veneración y cariño de un pueblo, tan in-

crédulo, a M.^a Vicenta; la voz de su párroco que proclama a los cuatro vientos, en pública alocución, las virtudes admirables y la santidad de esta joven.

Es una Obrera más que pide desde el cielo por nosotros. Sólo una pena se llevaba: no poder hacer todavía los votos, tener la medalla. En sus ratos de delirio, por la alta fiebre, como en prolongadas horas de calma y reposo interior, repetía con vehemencia: “El Padre..., los votos..., la medalla..., la Virgen. ¡Qué bella! ¡Qué serás, Madre mía, en el cielo, si así te veo en la tierra!” Ha muerto cogida a su cruz, llena de sus besos, tan fuertemente que de su mano yerta no se le ha podido quitar. M.^a Vicenta es una *hostia laudis*. Obrera víctima de alabanza a Dios.

Asunción Arnal Cabo

20 de octubre de 1948

† 20 de noviembre de 1949

EL día 20 del pasado noviembre fallecía, a las cuatro de la tarde, en Náquera (Valencia) la Obrera externa ASUNCIÓN ARNAL CABO.

Espíritu sencillo, con candor de niñez, sirvió al Señor. Amó su vocación, rechazando con firmeza las ofertas de otras vocaciones. Se sentía Obrera por la voluntad de Dios. Su falta de contacto, debida a situaciones familiares y, más tarde, a su quebrantada salud, en vez de disminuir, avivó en ella el espíritu de Obrera. ¡Cómo gozaba cuando se hallaba entre sus hermanas!

Ha destacado por su fidelidad, llevada con prudencia y tino propios de un alma madura. Se nos ha marchado con el recuerdo de sus vivas ansias de dar el paso definitivo a su vocación. Su apostolado ha sido el del sufrimiento. Su última palabra de apóstol ha sido este hecho: ofrecer su vida por la salvación del pueblo de Náquera. Por las referencias que nos han llegado sabemos que, en su enfermedad, ha padecido mucho, y que, en medio del dolor, destacó por su sencilla y profunda humildad y alegre sufrimiento.

Amó a la Virgen tanto que, aun en los momentos de escasa lucidez, buscaba en su pecho la medalla, cuya imagen llevó grabada en algo más fuerte que en un esmalte: en su corazón.

Jesús toma lo que es suyo cuando quiere. Mas en este tomar..., siempre ganamos: lo quita de la tierra y nos lo guarda en el cielo.

Amparo Ibarra Asensi

14 de diciembre de 1949

† 15 de diciembre de 1949

AMPARO IBARRA ASENSI, Obrera externa, ha fallecido en la paz del Señor, en la noche del 15 de este diciembre. Pocas horas ha sido Obrera en la tierra, pero seguirá su misión en el cielo. Nos ha dejado, sin dejarnos. Varios años ha sufrido penosísima enfermedad esta joven admirada por cuantos la trataron, sentada en el sillón del dolor. Durante este tiempo último, ni en el respaldo del sillón pudo descansar su medio cuerpo martirizado por la enfermedad. El más leve movimiento causábale agudísimos dolores de muerte. Su vivir así parecíase a una vela fijamente plantada en una palmatoria que, a fuerza de dar luz, se va consumiendo hasta extinguirse.

Luz de virtud admirable, de paciencia alegre, de dulzura en sus palabras, de consuelo a los que la visitan, de ánimos a los que sufren, de ejemplo a todos los que le llegan, de amor intenso a Dios. Con ser tan aguda la enfermedad que destrozaba su corazón, podemos decir que aún más le consumió el ardor de sus amores a Jesús y a la Virgen. Pedía sufrir más.

Purificada como el oro en el crisol, y desposada su vida con Cristo, sintió en medio de su inalterable paz, una penita... Nosotros la llamaremos un toque secreto de la exigencia del amor. Veía ya próxima la muerte, pero ésta, sin llegar. "No moriré tranquila si antes no se lo entrego todo a Dios. Aún me queda algo que hacer: consagrarme a Dios totalmente en una vida religiosa. Quiero ser Obrera. La Virgen no me llevará hasta que no sea Obrera de la Cruz." Y, entrada la noche, hacía su ingreso y emitía sus votos, ostentando sobre su pecho la medalla de la Virgen, la cual besa y aprieta entre sus manos con el gozo de quien ha rematado su misión de entrega en la tierra. Horas después moría, en medio de esa paz y gozo. El sacerdote que la asistió declara que en su vida gozó más que en aquellos minutos de cielo que Dios le había proporcionado.

Esperemos... De estas tumbas brotarán nuevas Obreras. Para Jesús y la Virgen... ¡todo!

M.^a Teresa Císcar Císcar

15 de abril de 1945
† 5 de junio de 1950

A las siete de la tarde del día 5, voló hacia la vida eterna nuestra querida Obrera M.^a TERESA CÍSCAR CÍSCAR. Para este venturoso viaje en el Año Santo, fue preparada por el Señor, larga y penosamente, por medio de una dura enfermedad. Y en la cruz del dolor clavada, su vida juvenil en flor, de veinticuatro años, se deshojó, por última vez, ante las miradas al crucifijo y a la Santísima Virgen de los Dolores, en quienes idealizó un día sus amores más encendidos.

Sentimos, naturalmente, mucha pena por su ausencia, pero nos alegramos de su tan santa muerte, y de considerarla en el cielo. Calvario es nuestra vida en la tierra. M.^a Teresa ha recorrido su camino en holocausto de amoroso sacrificio, hasta llegar a la cumbre donde, hecha ya toda espíritu, sin apenas sentir otro peso en su cuerpo que el del martillo de un continuo y agudísimo dolor en su pecho, remató aquella su total donación a la gloria de Dios y al bien de las almas.

Ha vivido entre nosotros como una Obrera modelo. En el cuadro de sus singulares condiciones naturales,

destaca el brillo de sus virtudes, cual brotes de una muy subida vida interior: prudencia, mansedumbre, fina delicadeza, pureza de virgen, fortaleza en el sacrificio, fidelidad sencilla, celo apostólico, inflamado amor a su Dios. En sus labios no hubo quejas ni engaño; hubo, sí, sonrisa y candor. Había que adivinarle su callado sufrir, las delicadezas de su corazón, la bondad de su espíritu, el arresto viril de su voluntad, siempre fuerte en el momento de la prueba. Fue en sus juicios equilibrada; en sus apreciaciones, justa y caritativa; en su trato, delicada y fina, con temor a ofender, molestar. Los sufrimientos de los demás constituían uno de sus principales padeceres. Fue desprendida de su propio querer; vivía para los demás. Lo que quieran, era toda su frase.

Ha consumado su vida de Obrera de la Cruz con admirable intrepidez, resistencia sobrehumana y con aquella paz, su amiga inseparable desde que se entregó al Señor. Paz como de un mar en profunda calma, reflejando las luces doradas del sol divino. El Señor la hizo agraciada a los ojos de los hombres; mas ella supo merecer, con su gran fidelidad y abnegada virtud, hacerse agraciada a las miradas de Dios.

¡Juventud, hermosura, sonrisa, amor, triunfo..., todo esto se perpetúa hoy en el cielo! ¿Qué le pidiese Jesús que ella no le diera? Cuando sus manos ya no podían sostener el crucifijo, sus ojos seguían mirándole. Y a la Virgen, cómo la quería. Y la Virgen, cómo la preparó para llevarla consigo. Idilios íntimos de un corazón finamente sensible, que vibra al instante, al toque suave de la gracia.

Podemos, pues, decir, que rindió fruto de Dios en todo. Se nos fue, pero queda entre nosotros su estela

de gloria, y muy hondo quedan también grabadas las huellas de su humildad y entereza, de su celo y laboriosidad, de su caridad fraterna, de su amor a Jesús y la Virgen.

Ingresó interna el 15 de setiembre de 1945. Unos años de Obrera aquí, para seguir siéndolo en la eternidad. Aquí oró, trabajó y sufrió con nosotros. Allá, en el cielo, los bienaventurados gozan de Dios y trabajan con nosotros, alcanzándonos gracias divinas.

Asistió al entierro gran número de Obreras, que acudieron de distintas partes. Formaban dos grandes hileras que precedían al féretro de su hermana, rezando el santo Rosario, y acompañándola hasta el cementerio. M.^a Teresa, amortajada con el hábito de nuestra Madre Dolorosa, parecía más bien una virgen que dormía, circundada de flores. El día 17 de junio se celebró la misa de Requiem solemne, con asistencia numerosa de fieles del pueblo de Paiporta, y crecido número de Obreras. Nuestro coro cantó la misa de Perosi, con sentida unción.

Y salimos del templo confortados y pensando: ¿sería M.^a Teresa aquella duodécima estrella de la corona de nuestra Madre formada por doce rayos de luz rematados cada uno por una estrella? Fue ella la segunda Obrera interna fallecida, y la que hace doce contando las externas.

La vemos sonreír desde el cielo... Igual que nos sonreía en la tierra. ¡Qué hermosos son los caminos del Señor..., caminos de santidad!

María Moya Aldás

28 de agosto de 1940

† 1 de agosto de 1950

TRAS penosísima y larga enfermedad, falleció en el Cenáculo de Moncada (Valencia), la Obrera MARÍA MOYA ALDÁS, superiora de la Casa de Ejercicios de Albacete. Fue el día 1 del pasado agosto, cuando el Señor y la Virgen se la llevaron de entre nosotros, para darle eterna vida. El destierro será convertido en patria; sus agudos dolores, soportados con gran heroísmo, en gozos; su pobreza, a la que amó siempre, en abundancia; sus desprendimientos de las criaturas, en el logro definitivo de Cristo. A él sirvió con amor casto de cruz, como fidelísima esposa del Señor.

En sus años de Obrera, destaca una singular ejemplaridad en todos los órdenes. Encariñada con la virtud, fue muy generosa en darse a Dios, aun en los momentos más costosos y difíciles. Y logró hermoear su vida con el brillo de las virtudes, a costa de cruentos sacrificios.

Grande ha sido su labor al frente de la Casa de Ejercicios. Con su acertado gobierno y abnegación, llevó adelante la obra de apostolado que se le confió,

quedando copioso fruto de sus años de bregar por la divina gloria. No es extraño que la recuerden con gratitud muchas almas. Apenas conoció la Obra, entregóse enteramente a ésta con pleno espíritu de Obrera. Jamás titubeó en su camino, apoyada en la ayuda del Señor y la protección de la Virgen. Su gran espíritu venció distancias, allanó obstáculos, hizo frente a fuertes acometidas del enemigo, a quien venció con su destreza y persistente oración.

Toda una Obrera, muy querida y respetada, que se nos fue, y su vacío no es fácil de llenar. De mucha y muy subida oración gozó su espíritu, mantenido siempre en un equilibrio y paz sobrenatural. Y en su mucho valer, fue tan humilde de corazón que juzgóse como la última entre todas.

La gloria de Dios, la Virgen, y la Obra, constituyeron su santa obsesión. ¡Cuántas veces se desbordó su maternal bondad hecha lágrimas en sus ojos! Dios se la llevó porque la halló vacía de la tierra. Y hasta el postrer momento, sin queja alguna y sin soltar la cruz de su gran padecer, cumplió, rematándola en la tierra, su labor de Obrera.

De su muerte, ¿qué diremos? Que en su apretado dolor, sin agonía de muerte, en completa calma corporal y espiritual, volcó su corazón en amor a la Virgen y al crucifijo, en quien clavó sus abiertos ojos, tan fuerte y vivamente, por largo rato, que, ya difunta, difícilmente se le pudieron cerrar. Así se nos despidió esta tan buena y edificante Obrera de la Cruz.

Una Obrera menos en la tierra y una más en el cielo... En el cementerio de Moncada quedaron guardados sus restos; las cenizas de un cuerpo que se gastó y consumió en el fuego de un encendido amor a Jesús.

Matilde Martínez Muñoz

1 de octubre de 1941

† 1 de setiembre de 1950

JESÚS ha cortado otra flor del huerto de su Obra, el día 1 de setiembre de este Año Santo, al llevarse al cielo a la Obrera externa MATILDE MARTÍNEZ MUÑOZ, de Burjasot (Valencia).

La ejemplaridad de su vida, conducta y amor a la parroquia, bien merecen nuestro recuerdo. Alma sencilla, tenía clara idea de la virtud que debía practicar por su vocación; y su recta conciencia jamás se doblegó ante lo poco justo.

Fue resignada en sus muchas pruebas. Largo tiempo enferma, no emitió una queja; al contrario, siempre se manifestó contenta, y confiada en que había de sanar pronto. Aun en su pobreza, se sintió conformada con la voluntad divina. Todo lo sufrió esta virgen, para glorificar a Cristo y a la Obra, aceptando humillaciones dolorosas con una sonrisa.

Ha trabajado con gran cariño por su parroquia: atendía la catequesis, sostenía la “schola cantorum”, desafiando las inclemencias del tiempo, para prestar su ayuda, con verdadero espíritu de sacrificio.

Supo compaginar sus deberes familiares y sociales,
con una piedad intensa, vivida en amor a su Dios.

Fiel a la Obra, edificante su conducta apostólica...
Gozará del Señor, y le alabará en la hermosa eternidad
que a todos nos espera.

Josefina Francés Peralta

15 de octubre de 1943

† 31 de mayo de 1951

EL 31 de mayo, a las 11 de la mañana, falleció nuestra Obrera interna JOSEFINA FRANCÉS PERALTA, en Barcelona. Cursaba el quinto año de la carrera de Farmacia. Su enfermedad, larga y muy penosa. Venció hasta el fin, brillantemente, en su lucha, reñida con voluntad viril, por la gloria de Dios. Al servicio de su santificación y al bien de las almas, puso sus excelentes cualidades intelectuales y morales. Su virtud se agiganta a medida que su figura, encerrada en la sepultura, se aleja de nosotros. Ingresó interna el 12 de junio de 1944.

Su vida, por tantos conceptos martirizada, la caracterizan: una constante fidelidad a Dios, a quien constituyó centro de todo su vivir; un desprendimiento completo de las criaturas que, por permisión divina, han sido instrumento agudamente espinoso de su santificación; voluntad resuelta para desposar su corazón y persona con los dolores y amarguras de un gran sufrir en su cuerpo y en su espíritu, ¡y con qué admirable fortaleza!; lealtad, siempre, en su clara comprensión

de lo que es y debe ser una Obrera, y que crece al tiempo que el Señor más la purifica y recibe especiales luces de lo alto; un amor fino y lleno de tiernas delicadezas para su Dios; una humildad sencilla, con aquel bajo concepto de sí misma, que realzaba más su mucho valer.

Y aun estando lejos de nosotros, su concepto de la virtud de una fiel y dócil obediencia, fue tan recto y completo que le hizo observar, hasta en los detalles, las disposiciones que se le dieron, no defraudando la confianza en ella puesta. Sabíamos cierto que lo había de ejecutar, y con perfección. ¡Cómo supo emplear su gran entereza bien entendida..., cara siempre a la virtud no imaginada, sino real!

A todas ha edificado con su ejemplo de un alma santa. Realizó su deseo de “víctima”, ofrecida a Jesús; si bien, en muchas horas, sintiendo el aplastante peso de la cruz y, entonces, una mirada a la Virgen le infundía fortaleza y levantaba su espíritu. Su talento y cultura, en vez de engreírla, acuciaban más sus vivos deseos de adquirir la virtud como suprema ciencia. Vivió de realidades de santidad, no de ilusiones expresadas en fases sin efecto de ejemplos edificantes.

En lontananza veía la amenaza de perder su vista. La temía..., porque era su única arma de defensa que le podría quedar para comunicar su espíritu y seguir orientándose hacia Dios. Pero si tal era la voluntad divina, lo aceptaba y, con ello, su completa soledad. Ya ciegucecita, aprovechó su ceguera para ver más claramente en su espíritu los planes divinos sobre su vida, y saborear, mezcladas con dolor, las delicadezas de Jesús para con ella, desde que la llamó para sí.

Un fondo de gratitud sentida se revela en sus escritos, palabras y modos de corresponder a los que, por deber o por caridad, le sirvieron en sus necesidades, ya del cuerpo, ya del espíritu. Fina Francés, en sus últimas semanas, es sólo hueso y piel, tras la cual alumbraba la luz de la clara visión de su alma, y arde el fuego del querer sobrenatural de una voluntad que ama, únicamente y del todo, a su Dios.

Hasta donde subió en su vida secreta con Dios, con la fuerza de su amor y sacrificio, nos lo declaran estas frases que entresacamos de sus escritos: "Lo que pasa por mi alma..., no sé decir, porque me siento tan inundada de Dios, tan poseída de celestial felicidad, que apenas me siento en mí misma. Conozco a Jesús en un nuevo aspecto. El Señor, compadecido de mi ignorancia, me dice: ¡qué poco me conoces!... Yo te enseñaré cómo soy, y encontrarás en mí todo lo que más puedas desear... ¡Oh, mis deseos! Ya no tengo ninguno; sólo amarle y hacer aquello que pueda provocar una sonrisa en sus labios divinos. Me basta pensar en Jesús, para sentirme de pronto transportada a un mundo distinto, como si se apagase la luz que me rodea..., y en medio de otra luz que no veo, pero en la cual habita mi alma, no oigo más que el eco de su voz... Me siento impelida con tal fuerza a mi adorado Maestro... Siento una tal necesidad de mi Señor, y tan imperiosa, que cuando estoy a su lado, mi alegría ahoga mis palabras y nada le puedo decir. Le amo en silencio... Pero de tal manera su amor embarga mis sentidos, que me siento arrastrada a él, con tanta fuerza como aquel torrente de fe arrastraba a los mártires a la arena. Es cierto que vivo de fe; pero siento a Jesús tan cerca de

mí, tan dueño de mis pensamientos... que una sonrisa involuntaria entreabre con frecuencia mis labios, y de mi corazón salta un deseo ardiente que se apodera de mí”.

Su oración fue de gran unión con Dios. “Mi oración –describe– es la cosa más sencilla que existe: ni medito, ni leo, ni pienso... Algún pasaje de la vida de Jesús, y en el momento en que aparece el Señor..., basta para suspender mi entendimiento en él. Y una dulzura inefable, que llena mis ojos de lágrimas, me invade toda. Ahora no puedo pensar en Jesús sin llorar o sonreír y, muchas veces, me acontecen las dos cosas a la vez... Siento que mi espíritu no quiere quedarse conmigo; experimento la sensación de esfuerzo hacia lo alto, como un ave en el momento de tomar impulso para volar... Con todo esto, la práctica de la virtud se me hace más fácil... Pienso que esta mi dolorosa situación es un filón de incalculable valor que Dios me ha dado para que pueda negociar con él y hacerme rica. ¡Cuántas gracias tengo que dar al Señor, que tantos medios me concede para mi santificación!”

En cuanto a personas y cosas, su desprendimiento le hace escribir: “Me basta Jesús para ser feliz. Ya no reclamo, a cambio de mi cariño, el cariño ajeno; me basta querer y, a cambio, que me quiera el Señor. De este modo, mi alma se siente libre para volar, y sin ninguna traba que le sujete las alas. Cosas son éstas que el Padre me había dicho muchas veces, pero que no habían penetrado en mi pobre cabeza; y así queda bien demostrado que el espíritu de Dios obra en lo más íntimo del alma, sin brillo exterior, sin prisas y sin violencias”.

Pero no olvidemos que toda esta felicidad va en la barquilla de una vida oculta martirizada.

Así son las sendas de la virtud cristiana, copia de la del Maestro. Así son los caminos de la santidad, que tienen su remate en el cielo. Se nos fue a la patria..., donde nos espera.

Y, una vez más, alabemos las grandes misericordias del Señor sobre sus Obreras.

Anita Mestre Torres

5 de octubre de 1947

† 28 de octubre de 1952

ANITA MESTRE TORRES, nuestra Obrera externa, falleció en su pueblo natal de Oliva (Valencia), en la mañana del 28 del pasado mes de octubre. Su muerte ha sido como su vida: muy santa. Se nos ha marchado, dejando el recuerdo y las huellas de su mucha virtud. Alma sencilla, candorosa y sufrida, con mucho amor a Dios. Su enfermedad ha sido larga, soportada con alegría de espíritu y unida a la divina voluntad. Un intenso fondo de amor a Jesús nos explica su alegre y silencioso sufrir.

Sentía la vida de Obrera, y a ella procuró acomodar todo su vivir. Juzgábase muy “pequeña e inútil”, pero la veíamos muy grande y fecunda ante Dios. Su apostolado, aun enferma, constituyó uno de sus anhelos fervientes: llevar almas a Dios. El medio más poderoso de su vida apostólica ha sido el sufrimiento por la gloria de Dios. Buen caudal de ellos se ha llevado al cielo, para conmutarlos por vocaciones de nuevas Obreras. Es de señalar que en el mismo día de su muerte, una flor nueva de vocación se ofrecía ante la Virgen, en el Cenáculo de Luis Vives.

De conciencia muy fina; su delicadeza no le permitía pasarse las menores imperfecciones. De fuerte temple fue su voluntad, para hacer frente a los muchos obstáculos que se atravesaron en su oculta vida de Obrera. Debemos hacer destacar su amor de confianza en la Virgen. Ella fue su sostén siempre, particularmente en las últimas horas de intensísimo dolor. Un momento en que se le quitó la medalla, notó su ausencia, pidiéndola con insistencia. Al recibirla, dijo: Qué buena eres. En medio de su larga agonía, con frases entrecortadas, declaró “que todos sus sufrimientos estaban ofrecidos para la Obra”.

Desde la noche del domingo, hasta que le quedaron alientos para hablar, fue una larga plegaria su vida. “Ay, mi Dios y mi Señor, ayúdame. Virgen buena, sí, buena, ya está todo aceptado”; dicho esto con tal acento de amor y de fe, que conmovía. Palabras de consuelo y de santos consejos a sus familiares, a todos los circunstantes; palabras de perdón. Repetía que era feliz, que estaba contenta, y que ya no sufría. Poco antes de morir, con palabras mal pronunciadas, decía: ¡Qué alegría... qué feliz... qué alegría! Su rostro estaba desfigurado por el sufrimiento, mas poco después de fallecer, quedamos admirados al contemplar aquel rostro cambiado, con la paz de quien murió amando a Dios, y con la sonrisa de quien alcanzó completa victoria.

La ejemplaridad de su vida y de su muerte ha trascendido al pueblo, adivinando con sus sospechas que no se trataba de una joven a secas, sino de una Obrera; y el pueblo lo acertó.

Nos consuela tener Obreras así, pues son nuestros puntales fuertes desde el cielo. Un día prendió en ella la llama del ideal, y a éste inmoló toda su vida.

Emilia Guijarro Jiménez

8 de julio de 1942

† 23 de diciembre de 1954

EL Señor nos ha hecho la gracia de traernos a nuestra Obrera EMILIA GUIJARRO JIMÉNEZ a morir en Albacete. Decimos la gracia, porque hemos podido gozar de vivir los últimos momentos de una Obrera. Nos ha dado ejemplo heroico de obediencia... ¡Qué paz había en su mirada!

Habló muy poco; se la veía con un gran recogimiento. Una de las veces, nos dijo: Mañana me voy a otro sitio. Y buscaba con las manos temblorosas. Le preguntamos qué buscaba, y nos contestó: Busco el mañana. Esto era el 22 de diciembre, y en la primera hora solar del 23, encontró el mañana tan deseado.

Una hora antes de morir, viendo que se nos iba, quisimos disfrutar un poco de ella, y le dijimos que se acordara de nosotras. "Sí, mucho; pediré mucho por todas y por la Obra." Tuvimos que salir de la habitación, sintiéndolo mucho, y cuando volvimos, estaba agonizando. No se puede explicar el ambiente que por unos momentos vivimos... Era ambiente de cielo. En medio de nuestro dolor teníamos un inexplicable gozo.

Cuando ya pensábamos que había terminado de existir, vemos como un nuevo resurgir a la vida... Se transforma, se llena de resplandor su rostro, y pasa unos minutos con los ojos muy abiertos y fijos, llenos de una paz extraordinaria. No pudimos saber lo que veía, pero su expresión era de cielo. Y cerró los ojos, para dormirse en el Señor.

Dolores Martínez Ferriol

20 de setiembre de 1943

† 17 de enero de 1954

Nos sobrecoge la sorpresa de la muerte inesperada de la Obrera externa DOLORES MARTÍNEZ FERRIOL, el día 17 de enero, en Moncada (Valencia). Sabíamos de ella que le aquejaba un simple resfriado. Acaso esto tuvo complicaciones, por su enfermizo corazón, y pudo, en un momento dado, ocasionarle la muerte.

De su buen espíritu nos consta por su vida piadosa y ejemplar, observada aun en medio de tantísimos peligros como rodean a las que pasan sus horas trabajando en las fábricas. Lástima que sus proyectos no se hayan podido cumplir, por lo inesperado de la visita de la muerte.

La Virgen la habrá cogido en su seno, ya que la amaba entrañablemente.

Remedios Fontabella Lluesma

15 de enero de 1944

† 7 de febrero de 1957

NUESTRA Obrera externa REMEDIOS FONTABELLA LLUESMA falleció el pasado día 7 de febrero. Breves horas de enfermedad dolorosísima, pero conservando la lucidez plena hasta los últimos momentos. Ha muerto rodeada de un grupo de Obreras y del Padre, entre los ojos hermanos que la miran, lloran, mientras los labios rezan los Dolores de la Santísima Virgen; después, el vuelo hacia la eternidad, para gozar de Dios y ver a la Virgen.

Por ellos, por su gloria, por las almas, hizo de su vida de Obrera un holocausto de sacrificio continuado, silencioso, *total*. Su vida de trabajo humilde, generoso, sin miedos ni reparos al qué dirán del mundo, nos da lección perenne de lo que es una vocación sentida, amada, de Obrera de la Cruz. Siempre admiré semejante sacrificio y voluntad laboriosa, que jamás supo de cobardías, ni de intereses propios.

Por la *Obra*: ésta era su frase, su obsesión, su pleno interés, sus anhelos todos. Una Obrera a carta cabal. Nada tuvo ni quiso tener que no fuera para el Señor, y

no en el deseo, sino en una consoladora realidad. Hay que confesar, a la hora de la verdad, que ha sido una de nuestras más fecundas Obreras, por su espíritu humilde, abnegado, desprendido; por su trabajo excepcional en intensidad y extensión en la tintorería, que tan eficaz ayuda económica ha prestado a la Obra, y de cuya vitalidad tantas Obreras y tantas almas se han aprovechado, y vienen recibiendo el apoyo.

Hueco difícil de llenar. Acatamos la voluntad del Señor, y besamos su mano que así poda las ramas fuertes y fecundas del árbol de nuestra Obra. Su recuerdo será acicate para nuestro caminar hacia Dios, entre zarzales y espinas.

Su muerte santa, entre murmullos de rezos a la Virgen, será nuestra esperanza de una consoladora asistencia de nuestras Obreras. La bondad, la humildad, el sacrificio, el trabajo muy pesado, la alegría en su ardua labor, la *generosidad* para la Obra, para Dios, para las almas, se dieron el abrazo en esta escondida, pero *grande*, Obrera de la Cruz. Y la que fue tan eficazmente Obrera en la tierra, lo será todavía más en el cielo.

María Porcal Romero

28 de abril de 1945

† 18 de febrero de 1958

Amparo Cuñat Sanz

5 de febrero de 1947

† 15 de junio de 1957

LA Obrera externa AMPARO CUÑAT SANZ entregó su alma al Señor el día 15 de junio. Entró en la eterna morada tras larga y penosísima enfermedad, bien purificada por el dolor que consumió su pujante juventud, como flor deshojada a los pies de la cruz. Recorrió la vida de sufrimiento con aguante y santa conformidad, hasta alcanzar la meta que un día se propuso: ganar el cielo.

Nos ha dejado el recuerdo de su paciencia, de su bondad. Sus excelentes cualidades las empleó para cumplir en todo momento sus deberes, así familiares como sociales. Podemos decir que nos ha dejado, cumplida su misión en este mundo.

La Virgen la tenga junto a sí en el cielo.

Encarnación Martínez Marco

27 de mayo de 1951

† 2 de julio de 1957

EL día 2 de julio falleció nuestra Obrera interna ENCARNACIÓN MARTÍNEZ MARCO. Su muerte fue precedida de muchos años de sufrimiento, por su dolorosa enfermedad.

Muy amante de la Virgen, a la que confió siempre todo su vivir, se la llevó el mismo día de la Visitación de Nuestra Señora. Sin duda, gozará ya de la compañía de la Virgen, que tanto deseaba.

Su vida de movimiento y trabajo, en los momentos en que su siempre quebrantada salud lo permitió, será para nosotros estela de sus anhelos apostólicos por las almas.

En la corona de la Virgen que formarán en el cielo sus Obreras, una más, hermoseada por la purificación del dolor. Descanse en paz.

Edelmira García Cortés

12 de noviembre de 1951
† 27 de noviembre de 1957

EL día 27 del pasado noviembre, falleció en la paz del Señor la Obrera externa EDELMIRA GARCÍA CORTÉS, modelo de virtudes y ejemplaridad de vida santa. Lo que debemos destacar es, sobre su vida sencilla, humilde y profunda, e intensamente de Dios, su espíritu de Obrera y amor encendido a la Obra. Para ésta, no tuvo más que cariño, amor, admiración, y manos pródigas y dadivosas.

Con su condición de Obrera, llenó cumplidamente sus santas ambiciones de ser toda del Señor, tan deseadas desde el principio de su juventud. Los planes de Dios se cumplieron, al fin. Quiso a la Obra de verdad, y para ella vivió en el pensamiento, corazón y ayuda.

El Manual fue el alimento cotidiano de su vida de Obrera. Ahora lo hará desde el cielo, a donde, sin duda, la llevó la Virgen. Junto a ella vivió, pensó y amó. Sus años de Obrera están íntimamente unidos y trabados por la Virgen. Se sintió totalmente Obrera, besándola, con la paz, el gozo íntimo y la seguridad de

quien va a poseer su destino glorioso. Cerró sus ojos, para ver en el cielo a Jesús y a la Virgen.

Obreras así son nuestros valiosos y mejores puntales en el cielo. Grandes son los planes de Dios. Los acatamos y bendecimos.

NOTICIA inesperada, por lo rápida, ha sido la muerte de la Obrera interna MARÍA PORCAL ROMERO. Su recuerdo, lo hará siempre gratísimo, para todos, su mucha santidad. Alma verdaderamente de Dios, Obrera cabal por su espíritu sencillo, transparente, humilde y grande a los ojos del Señor. Su pureza, su candor, su encendido amor a Jesús, llenaron su vida tan limpia que pone envidia en quienes la trataron a fondo. Podemos decir que ardores divinos consumieron su corazón, así junto a Jesús, como unida fuertemente a la Virgen.

Ansias de cielo y de almas devoraron su vida oculta de Obrera, ofrecida en holocausto a su Dios. La Obra era su obsesión, que animó en todo momento su padecer, en el que hallaba sabores de alegría y de cielo. Tan buena y tan sencilla, y con tan altos vuelos de águila en sus inflamados amores divinos. Sin duda, la Obra necesita almas que pidan desde el cielo. Hoy podemos contar con una más que intercederá poderosamente por lo que ella tanto quiso: la Obra.

Rosa Piris Bonet

1943

† 24 de febrero de 1959

Os damos la noticia del fallecimiento de nuestra Obrera externa ROSITA PIRIS BONET. Falleció el día 24 del pasado mes. Una de las *antiguas*, cuyo ingreso se hizo en el año 1943. Con toda la médula de gran Obrera, y toda una savia exuberante de vitalidad sobrenatural. Y esto, desde el principio, en que volcó su juventud y simpatías, hasta los últimos momentos, con todos sus grandes sufrimientos, en el seno de la Obra, para su fecundización.

Su santidad en el dolor callado; su conformidad entre pobreza; su honda gratitud por las atenciones que se le prodigaban; un ¡Dios se lo pague!, dicho con las dulzuras de unos labios por los que se desbordaba un gran corazón enamorado de Dios; su confianza y abandono en el regazo de la Virgen, no lo podemos olvidar. Nos ha dejado una huella de dulzura espiritual íntima. Así, pensábamos al visitarla, vuelan las almas de Dios hacia Dios. Esta es toda una Obrera. Lo fue en la tierra... Lo seguirá siendo en el cielo.

Desamparados Montoro Sevilla

*1 de abril de 1955
† 16 de junio de 1961*

EL día 16 de junio de 1961, hecha su tercera probación, ante su hijo, Rvdo. Sr. D. José M.^a Bernat, sacerdote, de cuyas manos recibió la medalla de la Virgen, entregó su alma al Señor, en Valencia, con una muerte ejemplar, digna de la que vivió siempre al servicio del Señor con verdadera ilusión y abnegado sacrificio, la Obrera externa DESAMPARADOS MONTORO SEVILLA. Activa en su apostolado parroquial, actuó como miembro destacado de la Acción Católica. Su apostolado nacía de su formación profundamente piadosa.

Generosa para Dios, con grandeza de corazón entregó al Señor, para su glorificación y apostolado evangelizador, a su hija Amparo. Mas la semilla vocacional que llevaba depositada en su alma, sentida ya desde su primera juventud, llegado su tiempo, el fijado en los planes de Dios, floreció en una Obrera de la Cruz. Para Dios no pasa el tiempo cuando hay fidelidad a la llamada divina.

Su vida ha dejado una huella de prudencia y energía, de bondad y desprendimiento, de fortaleza en las

luchas y contratiempos de la vida y de confianza en el Señor. Vela que se apagó en la vejez, para alumbrar siempre en el reino de Dios. Sus ansias de total entrega y consagración al Señor fueron cumplidas el 1 de abril de 1955, en que emprendió su carrera de Obrera de la Cruz, para terminarla, seis años después, en la eterna morada del Señor.

Líneas estas tan merecidas a la fidelidad y nobleza de la Obrera Amparo Montoro, nos recuerden el gran premio que da el Señor a los que le sirven y aman de todo corazón.

Desamparados Benavent Ferrando

28 de mayo de 1939

† 25 de junio de 1963

LA Obrera DESAMPARADOS BENAVENT FERRANDO, la tan conocida “madre Desamparados”, ha muerto en la paz del Señor, a las 10,30 del día 25 de junio. Fue una de las primeras Obreras que iniciaron su vocación en el año 1936.

Desde el primer momento, supo sentir y comprender la Obra, de cuya savia vivió llena, como rama fuerte de la Obra. Y a ella se entregó plenamente. La amó, la sintió, le fue generosa, con plenitud de generosidad. En los años en que la Obra era –podemos decir– muy pobre, ella adquirió con sus ahorrillos los terrenos sobre los que hoy se levanta la Casa de la Madre de Dios. Soñaba algo grande, y vio con gozo su realización.

“Si yo pudiese –me repetía–, pero, ¿qué apostolado hago yo? ¡Cuánto admiro como trabajan! Usted sí, yo no...; ¿para qué sirvo? Sólo puedo ofrecer mis sufrimientos y mis tres rosarios por las misioneras, la Obra, las Obreras...; ¿qué podré presentar al Señor?” Se sentía humillada, pero lo daba todo. “¿Verdad, Pa-

dre, que la Virgen, a quien tanto quiero, me amparará y me llevará al cielo?" Y aún temía, la que todo lo había dado al Señor.

Su enfermedad larga ha sido el crisol purificador de su alma, de esta Obrera cabal y completa, que dejó ya su gran familia de Obreras, su única familia en la tierra. Ha vivido y muerto en una habitación de la casa vieja, la casa cuna de la Obra, habitación pobre, pero enriquecida de plegarias que, en los muchos ratos de soledad, elevaban sus labios a Dios y a la Virgen. "Pido por todos, por todos, Padre, ya que otra cosa no puedo hacer."

Los puntales van desapareciendo, pero queda en pie la eficacia de su vida de Obreras..., que engendrará nuevas Obreras. ¿Qué hubiese tenido que no hubiese volcado para la Obra? Su corazón, enfermo, fue grande para Dios. Sintió la Obra, la amó. Jesús y la Virgen se la llevaron, para vivir junto a ellos el eterno amor. Hacia allí vamos todos, unos tras otros, realizando cada día nuestra aspiración suprema.

Sólo en la hora de morir se aprecia plenamente lo que es y lo que vale la vida.

Otilia R. Expósito López

8 de diciembre de 1963

† Verano de 1964

O TILIA R. EXPÓSITO LÓPEZ, Obrera de la Cruz externa, de Santa Marta de Meilán (Lugo), murió a los 19 años.

Estaba enferma del corazón desde muy niña. Siempre había sentido vivos deseos de consagrarse a Dios, y sólo la detuvo su delicado estado de salud. Al enterarse de que existía la Rama de Obreras externas, ingresó inmediatamente como tal, realizándose la ceremonia en la parroquia de su aldea, el día 8 de diciembre de 1963.

Desde entonces ofreció al Señor todos sus sufrimientos, por el Instituto, y puso especial empeño en la labor de su santificación. Sentía mucho celo por el apostolado, que para ella estaba cifrado en el dolor y la oración.

En el verano de 1964 falleció, llena de esperanza en Jesús y su Santísima Madre, a quienes había amado con todas las fuerzas de su alma.

Su condición de Obrera de la Cruz permaneció oculta hasta el mismo acto de su entierro, en el cual el

Sr. Cura lo declaró, ante la sorpresa del pueblo, vivamente emocionado. Su sepultura tiene una preciosa lápida, con la imagen de la Virgen Dolorosa.

Carmen Quiles Vidal

30 de agosto de 1940

† 20 de marzo de 1965

EL día 20 del pasado mes de marzo, falleció en Valencia –Carretera Fuente San Luis–, la Obrera externa CARMEN QUILES VIDAL. Antigua Obrera, de espíritu auténtico de verdadera Obrera, amó y sintió su vocación hasta lo íntimo de su alma.

Ha consumado su vida en una acción intensa apostólica. Los pobres hallaron en ella un corazón de madre, a quienes ayudaba, orientaba y protegía; la parroquia tuvo en ella el brazo derecho en todos los quehaceres parroquiales. A su casa, abierta para todos, acudían niños, hombres y mujeres, para recibir consolación y alientos. Fue el alma de la parroquia, y el paño de lágrimas para todos, sin distinción de clases. Se sintió Obrera desde el primer momento, sin desfallecer su ánimo en medio de durísimas pruebas con que el Señor quiso acrisolar su espíritu animoso y fuerte.

El Señor y la Virgen, íntimamente vividos en su corazón, como antes, como siempre, llenaron, especialmente en sus últimos días, su espíritu, de consolación, esperanza y gozo.

A la vista tengo sus últimas letras de Obrera que se despide, ya cumplida su misión, éstas sus letras de hija fiel: "Padre, confiada en su bendición, le digo adiós, hasta el cielo... La última Obrera de la Cruz, Carmen Quiles".

Otra Obrera que, sin duda, desde el cielo, con sus oraciones, su intercesión, nos acompañará, juntamente con las que se fueron, en nuestras tareas apostólicas. Vive entre nosotros la que, al despedirse, quiso que todo lo *suyo* se dispusiera para la mayor gloria de Dios.

Edelmira Barberá García

28 de junio de 1940
† 19 de julio de 1965

LA Obrera de la Cruz EDELMIRA BARBERÁ GARCÍA ha muerto. El Señor y la Virgen se la llevaron para tenerla junto a ellos en el cielo. Ha tiempo lo deseaba vivamente. Ya se han cumplido sus anhelos.

Desde su ingreso como Obrera externa en el año 1940, y luego como interna, el día 17 de abril de 1942, comenzó su carrera de una vida de inmolación y de acrisolada virtud. Pronto el Señor, por medio de la Virgen, demostró su predilección, colmándola de gracias extraordinarias. A éstas supo corresponder en todo momento con entera fidelidad. La voluntad de Jesús, el querer de la Virgen, fueron la clave de su fineza interior.

La paz, el gozo, el dominio de su voluntad, sus deliquios secretos con Dios, su amor intenso a la Virgen, sus ansias de almas para el Señor, forman durante todos sus años al igual de un remanso divino donde se dan abrazo el amor más fino y la más dulce felicidad en la tierra.

Jesús y la Virgen han obrado con influencia extraordinaria sobre esta Obrera, enteramente abandonada

en manos de la Virgen, a la que llama "su administradora". Así se lo repetía a la Virgen, especialmente, durante su enfermedad y ante las intervenciones quirúrgicas. A la voz misteriosa y secreta de la Madre que le dice: ¿qué hago?, ella responde: Tú eres mi administradora..., lo que tú quieras. No pide la salud. Lo que la Virgen quiera. Su entrega fue total.

En su oración por la fecundidad de la Obra, le embarga la alegría y dulzura indecible de cumplir en todo la voluntad de Dios, de ser más suya... Siente más cerca a Jesús. Armada con la mortificación, la humildad, y una entereza sencilla, va pasando sus días de Obrera, aun en medio de los baches de contrariedades, luchas e imperfecciones, en una "dulce quietud de unión con Jesús, quietud que es amor... Yo le quiero y él me quiere. Yo le deseo, y no sé cómo lo deseo... Sólo sé que le amo".

Y no quiero hacer una apología. Serían pobres estas letras. Sólo quiero hacer resaltar aquí, para estímulo y ejemplo de todas, lo que caracteriza su fuerte personalidad, acusada en el desempeño de sus cargos de superiora del Cenáculo de Museros, de Luis Vives, de la Casa de la Madre de Dios, y como Superiora General; en su honda mortificación, recubierta con una sonrisa, y en la limpia mirada que transparenta a Dios. Le caracteriza su amor a la Virgen que tiene para su Obrera desbordamientos de gracias. "Cada vez que descubro la Virgen, me quedo allí pegada...; durante el día me siento como una continua ofrenda"; y allí, en la capilla, en las altas horas de la noche, cuando todo era silencio y descanso, corría la cortinilla de la Virgen, y ella sola pasaba sus horas a los pies de la Virgen,

dando rienda suelta a su corazón. “Padre, no puedo más. La Virgen me deshace con sus atracciones. No puedo más. Me tiene fuera de mí. ¡Qué majestad más dulce la de la Virgen; todo el día la llevo pegadita a mi corazón!...”

Sin esta Madre no podía vivir esta Obrera ejemplarísima, ni sentir, ni pensar, ni sufrir... Por ella, la que se sentía tortuga, se convirtió en potente águila, para subir muy alto en su vida mortificada, sobrenatural, apostólica... Las almas, aun las más grandes, tienen sus complejos de humildad que atan las alas del querer... “¿Por qué se ha de empeñar una tortuga en volar? –escribía en el 1959–. Pídale a la Virgen que me lleve al cielo.” Pero le quedaba mucho por hacer... La tortuga, según los planes de Dios, tenía que convertirse en águila, y subir muy alto.

Hoy, escribiendo estas líneas, fijo mi mirada en un relojito de oro. Es precisamente el mismo que puso en mis manos la Obrera Edelmira en el atardecer de un día..., inolvidable para la fecundidad de la Obra. Las saetas del reloj están paradas desde hace años. Señalan las cinco horas menos un minuto. En este momento, había empezado su inmolación por la glorificación de Jesucristo y de la Virgen, por el crecimiento y fecundidad de la Obra, por la santidad de todas las Obreras... Había comenzado la victimación generosa de su vida... El grano ha muerto, pero estallará en “flores hermosas y blancas que formarán un hermoso jardín a los pies de la Virgen, junto a su altar...”

Obreras: en medio de nuestra pena, alegrémonos en el Señor, alabemos a la Virgen y no dejemos de mirar ese cielo, de donde nos han de venir continuos y grandes refuerzos.

Fue mi encargo..., y su compromiso en nuestra despedida en la tierra, cuando, al besar mi mano, con su diestra la apretó fuertemente con un “hasta el cielo”, esta inolvidable superiora, esta tan querida Obrera de la Cruz..., Edelmira Barberá García...

¡10 noche de un 19 de julio de 1965. Bodas de Plata de la Obra! Ésta es la noche que la Virgen hizo alumbrar para el Instituto.

ANIVERSARIO

El 19 de este julio se cumplirá el primer aniversario del fallecimiento de la Obrera de la Cruz Edelmira Barberá García, Superiora General que fue de este Instituto.

Con esta ocasión, de nuevo enaltece las páginas del Boletín la figura de esta alma selecta, privilegiada, cuya virtud y santidad no decrecen, sino que se acrecientan en el correr del tiempo. Persisten vivas las hondas huellas de su vivir sacrificado, de su fuerte abnegación, de su desprendimiento total. La Obra fue la santa obsesión de toda su vida, desde el primer momento en que ingresó Obrera. Y a ella consagró todas sus muchas aptitudes, intelectuales, morales, apostólicas...

Hoy, no podemos menos que recordarla con afecto y gratitud, en nombre del Instituto y de todas las Obreras. Sólo el Señor sabe cuánto vale una vida inmolada por su gloria, por las almas. En la tierra fue piedra básica del Instituto; en el cielo, confiamos que sea una constante intercesora ante el Señor y la Virgen por

aquello que ella amó más que a sí misma, y sigue amando: la Obra. Sin duda está cumpliendo lo que en su última despedida me repitió: “Esté seguro de que en el cielo pediré mucho por Vd., por la Obra, por todas las Obreras”. Son muchas las gracias que hemos recibido por su intercesión. A ella hemos recurrido en casos difíciles, y se nos han resuelto. Tal ha ocurrido también a muchas personas que, en sus angustias, enfermedades y apuros, han reclamado su intercesión. Si mucho consiguió de la Virgen, cuya imagen y amor llevó muy hondamente grabados en su corazón, ¿qué no alcanzará de ella ahora que nos la imaginamos tan cerca de nuestra Madre?

El recuerdo de su separación, es natural que nos entristezca –somos humanos–, pero nos llena de gozo la memoria de su muerte tan serena, feliz y santa. El impacto de su virtud, fidelidad, prudencia con energía, amor a la cruz que, grabada a fuego, llevaba en su pecho, quedó, como de una Obrera fidelísima, austera y apóstol, en los Cenáculos de Museros, Luis Vives, y Casa de la Madre de Dios, en los cuales consumió sus largos años de Obrera. Y es que no hay mejor ni más duradero recuerdo que aquel que dejan en su paso por el mundo las verdaderas almas de Dios.

M.^a Francisca Cuñat Cuñat

31 de mayo de 1964

† 4 de enero de 1966

EL día 4 de enero pasó a formar parte del Cenáculo del cielo, la Obrera externa M.^a FRANCISCA CUÑAT CUÑAT, Conchín, de Pueblo Nuevo (Valencia).

Recién ingresada en nuestro Instituto –pues sólo contaba poco más de un año de Obrera–, supo dar al Señor todo cuanto de sus manos había recibido, y el Señor aceptó complacido la ofrenda generosa de sus 18 años.

La enfermedad, que la retuvo en cama tres meses, fue para ella el último eslabón de una larga cadena de ofrendas, renunciaciones y sacrificios, que había de ayudarla a conseguir su trocito de cielo. Trabajadora incansable en la viña del Señor, al cual servía, fue ejemplo para las jóvenes de su parroquia, lazo de unión entre sus compañeras externas, modelo y espejo de prudencia y alegría.

La sonrisa de sus labios no se extinguió durante su enfermedad, la cual soportó con verdadero heroísmo; toda su inquietud estaba en disimular ante los demás,

animar a su madre, y ocultar su sufrimiento –que no era pequeño–.

Se la vio crecer a pasos agigantados por el camino de la santidad; decía que estaba a punto, y sólo esperaba que la Virgen la llamase. Horas antes de morir, se dirigió a su madre, pidiéndole el crucifijo, porque quería hacer un acto de amor, para salvar un alma y no irse sola al cielo. Estuvo rodeada de Obreras, como deseaba, hasta su última hora.

Su muerte ha sido edificante para cuantos la conocían. Las Obreras sienten un poco de santa envidia hacia esta benjamina que está gozando del cielo, y que, como ella dijo, “había terminado su carrera sin estudiar bachiller”.

Mercedes Montón Blasco

8 de diciembre de 1962

† 13 de febrero de 1966

OTRA Obrera interna a quien Dios da el premio de su vida, llevándola a la eternidad.

Pocos años ha vivido entre nosotros, pero ha dejado honda e indeleble huella de ejemplaridad, de virtud, de sufrimiento callado, de amor al trabajo, y de gratitud. Dios, que la llamaba a una entrega más total, fue amasando su vivir con el sufrimiento y el dolor, haciéndola subir poco a poco hacia él, y, ya en el declive de su existencia, hizo brotar en ella una pujante vocación de Obrera.

¡Cómo lamentaba no haber conocido en su juventud lo que ahora tenía! ¡Cómo agradecía lo que la Obra hacía por ella, y con qué afán se lanzaba al trabajo, sin encontrar medio que llenase completamente sus ansias de rendir más y más y de mostrar la profunda gratitud que llenaba su corazón! Así vivió sus años de Obrera. Eran para ella “un comenzar a vivir”, como escribía a sus familiares. Pero el Señor, que la quería hacer subir hasta la cima del sufrimiento, le dio la terrible enfermedad que la llevó a la eternidad.

Su comportamiento durante esta última etapa de su vida, nos llenó a todos de admiración. Con la muerte reflejada en el rostro, no quiso dejar de acudir a su trabajo, que sólo abandonó los últimos siete días, por la fatiga que la ahogaba. Allí, sentada en un sillón –por no poder estar en la cama–, pasó aquellos días y noches, ofreciendo sus sacrificios y vida por el Padre, por la Obra..., con la promesa de seguir trabajando en el cielo, cuando a él llegara. Dios la bendijo de forma especial... Y nosotros le suplicamos su intercesión ante la Virgen, para no olvidar nunca la fidelidad que debemos a Dios y a nuestro Instituto.

M.^a Rosario Bas Cardona

6 de abril de 1956

† 23 de agosto de 1966

EN Jávea (Alicante), el día 23 de agosto, falleció nuestra Obrera externa M.^a ROSARIO BAS CARDONA, Maruja, para todos.

Alma de aquilatada virtud, tenía hechos los votos perpetuos, y pertenecía a la Obra desde el año 1956.

Toda su vida se destaca por estas delicadezas al servicio de Dios: encargada del cuidado de la capilla del sagrario en la parroquia, Delegada de Niñas, y catequista, muchos años.

Enferma desde jovencita, había que inyectarle diariamente, y ¡cuántas veces hubo de pincharse ella misma! Casi toda su vida estuvo sometida a un régimen alimenticio, lo que hacía con tanta naturalidad, que pasaba desapercibido. Esta larga enfermedad fue minando su salud... Hasta el punto de que una trombosis cerebral acabó su vida en cinco días, como lamparilla que se termina.

En estos días, cuando se le hablaba de la Virgen, sonreía, y manifestó que “la santidad es lo principal”.

Piadosa desde la niñez, amaba mucho a la Virgen, y destaca por su sencillez, pureza, constancia en la vir-

tud y el trabajo. Nunca se oyó de sus labios queja alguna, y el mayor sacrificio que ofreció a Dios fue la renuncia a ser Obrera interna, la gran ilusión de su vida, que le fue negada, precisamente, por su enfermedad. A pesar de ello, conservó su alegría, paz y buen humor, por lo cual era conocida en todo el pueblo.

Por la tarde del día 24, en la misa de su entierro, una gran multitud llenó la iglesia, como postrer homenaje a su vida apostólica.

En breve tiempo, ha concluido su carrera. Desde el cielo, otra Obrera rogará por nosotros.

Zoe Dolz Sala

15 de noviembre de 1962

† 29 de noviembre de 1966

E L 29 de noviembre de 1966, como Cristo nuestro Señor en la cruz, nuestra querida Obrera ZOE DOLZ SALA, inclinando la cabeza, entregó su espíritu, dejándonos ejemplo de una vida llena de actividad apostólica y constante.

Desde que terminó la guerra, trabajó en el “Hogar Eucaristía” de Alcira (Valencia), enseñando a los niños el conocimiento y amor de Dios, formando sus almas con medios atractivos, con los cuales les hacía agradables el deber y la virtud; los niños la amaban.

Tuvo una vejez larga y penosa, pero resignada y ofrecida al Señor. Daba muchas gracias a Dios por ser Obrera de la Cruz, y morir en el Instituto.

Regina Monzó Tormo

31 de mayo de 1962
† 6 de junio de 1967

EL día 6 de junio se llevó la Virgen a la Obrera externa de Albaida (Valencia), REGINA MONZÓ TORMO.

Desde jovencita, y “con toda su alma”, se entregó al servicio del Señor en la persona de todos los que la necesitaban, moral, material y espiritualmente.

Fueron rasgos característicos suyos, y que saltaban a la vista, apenas conocerla, su dulzura de carácter, fruto de su gran caridad y entrega a los demás; la paz que se reflejaba en sus ojos, y que era en ella inalterable; su gran sentido de responsabilidad que le hacía desvivirse por todo lo que se le encomendaba, y hasta por aquellos trabajos de apostolado en los cuales veía algún posible fruto para el Señor... Era un modelo de alma. Se le ha llamado la “madre de Albaida”, y era madre en la que todo sufrimiento encontraba eco; toda necesidad, apoyo; y todo problema, solución.

Se volcó a nuestra Obra, apenas conocerla, y se entregó a ella de tal manera que las Obreras encontraron

todos los problemas resueltos, y hasta satisfacciones, que no esperaban en sus primeros tiempos, difíciles, de la fundación del Cenáculo.

Su enfermedad, que padecía desde los trece años, y que fue llevada con una resignación envidiable, ha sido el arma de la que se ha valido el Señor para purificarla, y con la cual habrá obtenido de Dios innumerables gracias para nuestra Obra y para las almas de su querido pueblo.

Amparo Comes Cotanda

12 de octubre de 1944

† 25 de julio de 1967

NUESTRA Obrera externa AMPARO COMES COTANDA, de Liria (Valencia), ha muerto. Dios se la llevó junto a él, el día 25 del pasado julio.

Amparo se consagró al Señor desde su juventud, entregándole con eso lo más hermoso de su vida. Su amor a Dios y a las almas, la hizo incansable en el apostolado; trabajando en su parroquia, dio a todos ejemplo de piedad. Verdadera alma de oración, pasaba horas enteras arrodillada junto al Sagrario.

Amaba la Obra con todo su corazón, y su mejor deseo era poder ayudarla, hasta el detalle de desprenderse, últimamente, del poco dinero que llegaba a sus manos.

Ha sufrido durante ocho años una parálisis que la tenía postrada, y privada casi totalmente del habla, ofreciéndolo todo, con paciencia y notable resignación heroica, por su querida Obra.

La Santísima Virgen, en quien ella había puesto toda su confianza, la habrá sumado a la legión de sus almas elegidas.

Dolores Quilis Cortell

2 de junio de 1954

† 10 de octubre de 1967

TODAS las Obreras saben ya del fallecimiento de la ejemplarísima Obrera DOLORES QUILIS CORTELL. Trece años de alta vida espiritual y apostólica, en la Casa de la Madre de Dios. Aquí acabó de forjar su espíritu, sobre el yunque de un heroico sacrificio, hecho oro en el incendio del amor divino. Vino a la Obra a los veinticinco años, para consumir su vida a los treinta y ocho, con una completa fidelidad a la gracia.

Tan rica fue su vida de total entrega al Señor y a la Virgen y, por ellos, a las almas, que forma un verdadero caudal de virtudes, practicadas con esmero, y de enseñanzas sencillas y sublimes que brotaban, más que de sus labios, de su corazón enamorado de Dios. En su alma sencilla, transparente, todo hablaba de Dios. A su sonriente humildad, no faltó ni la prudencia que atisba hasta los finos detalles, ni la inocencia de la niñez, ni la sabia simplicidad, iluminada por las abundantes luces interiores, ni la obediencia que nunca supo rehusar nada que tuviese sabor de sacrificio.

Su vida toda culmina en una fusión de voluntad con la voluntad divina, y en un amor, que en su pecho es horno encendido, a Jesús y a la Virgen. Se nos fue al cielo la que en su vida fue por su trabajo, su fidelidad, su entereza, su abnegación, un fuerte puntal de la Obra, a la que amó como algo tan suyo que no supo pensar, ni hablar, ni trabajar, gozar o sufrir, sino como Obrera de la Cruz.

Ha muerto en Salem (Valencia), su pueblo natal. El pueblo pidió que no nos la llevásemos de allí nunca, para irle a pedir. Nosotros le pediremos desde aquí, donde vive todavía todo el cariño de su gran corazón. El amor de la Obrera no muere. Ahora vive en el cielo, junto a Jesús, por quien lo dio todo, y junto a la Virgen, a la que tanto quiso. Estas almas, en su paso por el mundo, dejan una huella tan honda, que el tiempo no puede borrar.

Alabado sea el Señor y su Madre, la Virgen de los Dolores, en la santidad de sus Obreras que, como ésta, volaron al cielo.

Encarnación Ariño Calvo

1 de diciembre de 1941

† 13 de enero de 1968

EL 13 de este mes falleció nuestra tan querida Obrera de la Cruz interna, ENCARNACIÓN ARIÑO CALVO. Fue una de nuestras primeras Obreras.

Ingresada el año 1941, toda su vida, hasta el momento de partir para el cielo, está llena de un sacrificio callado, que habla de una intensa vida interior, que se proyecta hacia Dios con la fuerza secreta de un intenso amor al Señor y a la Virgen, con los que vive unida por una total entrega de voluntad, de victimación, y de ansias de la divina gloria.

Podemos decir que fue un alma privilegiada, adornada de gracias especiales, a las cuales supo unir su fidelidad, aun en los tiempos de difícil trabajo, de amargas contrariedades, de pruebas tan duras, que sólo las almas que tienen alas de un alto amor de Dios, aciertan a soportar y, al final, vencer.

Afable en su trato, dócil en su rendimiento, finalmente agradecida, con gratitud que pone no pocas veces lágrimas en sus ojos, gana el querer de los que la tratan y conocen la bondad que el Señor puso en su

corazón. Ha dejado entre nosotros la huella de una verdadera Obrera, plasmando en su vida el puro y claro espíritu de Cristo. Por el camino de la humildad, de la confianza y del conocimiento de su pequeñez, llegó a alcanzar un grande amor a la Virgen, tan limpio, tan ardiente, como de fidelísima hija.

Ha consumado sus años con gloria, ha vencido con su pequeñez. Ha partido hacia la patria, dejándonos, para nuestro estímulo, el tesoro de una vida y de... una muerte santa.

Josefa Verdeguer Calap

3 de setiembre de 1942

† 9 de febrero de 1968

OTRA Obrera que se nos fue, el día 9 de febrero. Otra más que desde el cielo pedirá por la Obra. Ingresó el 3 de setiembre de 1942. Pertenecía al grupo de las primeras Obreras externas, y supo darse con plenitud, desde los primeros momentos, siendo para la Casa de Moncada (Valencia) y para el trabajo del apostolado, una constante ayuda, por su múltiple cooperación.

Fiel a su vocación, nunca faltó en el cumplimiento de los deberes que, voluntariamente, se impuso. Hasta en su avanzada edad, no obstante la penosa enfermedad que le aquejaba, conservó con la Obra su estrecha vinculación de protección y de sincera estima.

Su vida fue ejemplar en todos los aspectos. Apóstol en la fábrica, para con las trabajadoras, cuyo querer y aprecio supo ganarse con su abnegado espíritu y trato afable; apóstol en la parroquia, a la que sirvió, con la mirada puesta en Dios, durante los mejores años de su vida, sin que este servicio menguase por causa de su enfermedad. Podemos decir que la muerte le sorpren-

dió con la masa de su trabajo en las manos. El mismo día de su muerte, aún por la mañana, planchó la ropa de la iglesia. Ha muerto en la brecha, terminando aquí en la tierra la labor que el Señor le había encomendado.

Su vida es un claro exponente de virtud, de paciencia, de entrega y de apostolado parroquial, nacido todo ello de un corazón de Obrera, ansioso de amar cada vez más al Señor. Sus visitas a la Virgen eran frecuentes. ¡La quería tanto!

Las luces de las primeras Obreras se van apagando poco a poco. Pero esperamos que, por su intercesión, nuevas luces vocacionales se enciendan en el grande hogar de nuestra Obra.

Sacramento A. Esteve Galán

31 de mayo de 1965
† 21 de julio de 1968

LA Obrera externa SACRAMENTO A. ESTEVE GALÁN falleció en el Vedat de Torrente (Valencia), el 22 del pasado mes de julio. Fue una ejemplar madre que, con su educación cristiana, mereció de Dios la gracia de poderle consagrar tres de sus seis hijos.

Después de su viudedad, sintió la necesidad de tener una mayor vinculación al Señor, y decidió ser Obrera de la Cruz.

Persona muy conocida y admirada, lo era principalmente por su sencillez, que siempre defendió y tuvo como garantía de humildad. La gente acudía a ella con toda confianza; aconsejaba y ayudaba siempre con un acierto tan sorprendente que, a no dudar, era fruto de su contacto con Dios.

Su vida fue una prueba de cómo en todas las edades hay oportunidad para hacer apostolado. Y su decisión de ser Obrera de la Cruz ha de servir para afirmarnos más en la grandeza de nuestra vocación.

Dolores Ferrer Rodrigo

8 de diciembre de 1966

† 11 de marzo de 1969

OTRA Obrera externa que se nos fue al cielo, DOLORES FERRER RODRIGO. Ingresó el 8 de diciembre de 1966. Podemos decir que su vida, esmaltada por el sufrimiento, fue una oración continua por las Obreras y por el Instituto. Fue un firme pilar del espíritu de la Obra. La quería tanto, que venía a constituir como una obsesión de su vida.

Alma de temple animoso y alegre, recibió del Señor la gracia de un grande amor que le tenía unida a él, y a quien, en prueba de profunda gratitud, ofreció sus padeceres y goces, sin limitación alguna.

No es gratuita la afirmación de que Dios vivía plenamente en ella, y que ella otra cosa no ansiaba sino vivir así para Dios. Repetía sus anhelos de llegar a ser una Obrera perfecta. Y sí lo fue, respondiendo a las preciosas gracias que recibió del Señor.

Se nos fue, como un ángel, a los 80 años de edad, habiéndose desprendido, con gozo en su alma, de su hija, mucho antes, aunque se quedase sola. Nunca

quiso entorpecer el camino vocacional de su hija, a la que la Virgen un día llamó para Obrera.

¡Qué hermosa es la muerte de los santos! Es el salto a la vida sin fin, donde le esperaba la Virgen, a la que amó tan entrañablemente.

Trinidad Merino Romero

3 de setiembre de 1952

† 6 de abril de 1971

LA Obrera TRINIDAD MERINO ROMERO ha muerto. Se nos van, poco a poco, las Obreras antiguas. Y se nos van, dejando la huella imborrable de sus vidas abnegadas, orladas de una constante fidelidad, y purificadas en el crisol de las pruebas a las que necesariamente han de ser sometidas para patentizar su amor a Jesucristo, a cuya obra evangelizadora rindieron sus vidas.

De entre estas privilegiadas Obreras, hacemos memoria hoy de la ejemplar y tan conocida Trinidad, diecinueve años Obrera. De vocación sentida, robusta, sin desfallecimientos en su entrega. En extremo laboriosa, amó a la Obra como algo muy suyo. Y esto, desde el primer momento. Ni fueron obstáculo sus oficios humildes, sus trabajos pesados. Supo ganar, en cuantos Cenáculos estuvo, la voluntad de las gentes. Fue la simpatía de su humildad, de su donación generosa, de su sencillez, que tanto entienden en hacer el bien y en la ciencia de atraer voluntades. Pero la base firme, oculta en su corazón, mas expresada en sus obras, la

hallaremos en su gran amor al Señor. Y este amor decidió sus pasos, encauzó su vida, alivió sus penas, señaladamente en su penosa y larga enfermedad; la hizo querer, amar la Obra... Los que la conocimos desde sus primeros pasos, podemos apreciar de qué modo se sintió Obrera, cuánto estimó a las Obreras, cuánto amó la Obra.

Vida deslizada entre espinas y goces, sin dudas, nunca, de lo que era y quería ser hasta la muerte. Abriremos la seguridad de que, desde el cielo, pedirá por nosotros. Otra flor cortada del rosal..., para no marchitarse nunca.

Mercedes Serra Martorell

28 de junio de 1940

† 29 de setiembre de 1971

EL día 29 del pasado setiembre falleció la Obrera externa MERCEDES SERRA MARTORELL, residente en la Casa de Moncada (Valencia). Contaba 83 años. Podemos decir que toda su vida estuvo perfumada por la fidelidad y amor a Dios. Su piedad creció al compás de sus años. Y ya en el año 1939, actuó como Secretaria de la Obra, nacida con el título de “Sociedad Amor Cristiano”.

Su nombre, que será siempre de grato recuerdo y estímulo vocacional, figura entre las primeras Obreras. ¿Y qué decir...? Que desde el primer momento se dio por entero a la Obra, dócil y generosa. Nos cumple, ya fallecida, exaltar su total fidelidad al Señor, a la Obra, a la que estimó como algo tan suyo que sentía, en su corazón angustiado, las dificultades, no pocas, por las que tenían que atravesar la vida y el apostolado naciente de las Obreras. Alma entregada al Señor, acuciada vivía por conseguir un mayor crecimiento espiritual para sí, para todas.

¡Cuánto nos ayudó en los primeros instantes, con su generoso desprendimiento! Conocía nuestros apu-

ros. ¡Si yo pudiese más...! Y las lágrimas se asomaban a sus ojos en aquella salita, apenas sin muebles, de Luis Vives. Asidua fue a los retiros, ejercicios, aun enferma... Toda una Obrera, con espíritu entero de amor y de servicio a la gloria de Dios.

Ni podemos callar su grande amor a la Virgen, metido en lo hondo de su corazón. En ella esperó siempre, superando los brotes de pesimismo que, en lo espiritual y en lo material, quieren atormentarnos en la senda de nuestra vida. La Obra fue su obsesión... Una de sus últimas frases: “¿Qué puedo dar yo... si he recibido tanto?”

Camino de la eterna gloria se nos van yendo las que fueron piedras básicas... Pero nos dejan su huella, que sabe a ejemplo, en línea continua hacia Dios. Con el beso repetido al crucifijo y a la medalla de la Virgen, que aprieta entre sus dedos, falleció santamente esta antigua, constante y fidelísima Obrera, purificada por el dolor y el amor.

Ángeles Guinart García

10 de setiembre de 1942

† 17 de diciembre de 1971

HA fallecido en Moncada (Valencia), el día 17 del actual, la Obrera externa ÁNGELES GUINART GARCÍA.

Su muerte ha sido cual su vida, por entero entregada al servicio del Señor; amor que, como llama, se consume en una total entrega, acrisolada durante años en dolorosa enfermedad. En ella se sintió y demostró fidelísima Obrera, ofreciendo todos sus padecimientos por la Obra.

La Virgen ocupó su corazón. La amó con fervor y fina intimidad de hija. La Virgen fue el conducto por el que el Señor la distinguió con especiales gracias. Obreras así, hablan ante el mundo de altos niveles espirituales, que se alcanzan por el camino de la fusión de nuestra voluntad con la de Dios, de un darse sin reserva, no siendo obstáculo el oficio humilde, laborioso, llevado con alegría y paz en el corazón.

Obreras antiguas, de vida ejemplar, que se nos van. Son huecos que hay que llenar. Piensen las Obreras, todavía pletóricas de juventud y de fuerzas, que a ellas

toca reemplazarlas en las sublimes ciencias de saber sufrir, trabajar y, ofrecidas por amor a Cristo, gananciar el oro de la santidad. Hermosos recuerdos que nos dejan Obreras como nuestra Ángeles Guinart, Obrera hasta el fin... Seguirá siéndolo en el cielo, junto a la Virgen de los Dolores, a la que tanto amó en la tierra.

Encarnación Albiach Bolufer

25 de junio de 1941

† 28 de diciembre de 1971

DIREMOS que sigue el desfile de Obreras en marcha hacia el cielo. Le ha tocado ahora a nuestra Obrera externa, ENCARNACIÓN ALBIACH BOLUFER. Falleció en su casa de Cullera (Valencia), el día 28 de diciembre de 1971, después de unas semanas de dolorosa enfermedad. Quienes la hayan conocido y tratado, pronto habrán adivinado en ella un “algo” de Dios, que por el tiempo se fue agrandando, hasta parar en un vivir secreto, muy íntimo, sin palabras, en el que el Señor lo es todo.

Fue una de las primeras que sintió la necesidad de la Reparación de los viernes, viendo como una exigencia del querer divino, un sostén de santidad en los miembros de la Obra, una complacencia de la Virgen... Su visión de las cosas fue profunda, pero envuelta en su habitual silencio. Hablaba poco, hacía mucho, amaba más. Se sentía Obrera y quería entrañablemente a las Obreras. Su casa, una copia del hogar de Nazaret. Nunca falló su fidelidad.

Es siempre un gozo el recordar las hermosas perspectivas de las almas fogueadas en el amor de Dios y

prendadas del amor de la Virgen. Y entre ellas, podemos colocar a la tan escondida Encarnación Albiach, pero tan conocida en el círculo de los que se dan de veras y por entero al servicio del Señor, a la intimidad de amor filial a la Virgen, a la práctica de la virtud. Hoy lloran su ausencia muchas almas que de ella se sirvieron, como de preciado instrumento, para alcanzar la gracia de Dios y el don de la paz en el corazón... También la llora el anciano sacerdote recogido y cobijado en su casa, donde halló y sigue teniendo un hogar y una madre.

Huellas de imitación. Y otra en el cielo, para que nos ayude desde allí.

Concepción Martínez Peñarrocha

2 de julio de 1968
† 17 de junio de 1973

LA Obrera CONCEPCIÓN MARTÍNEZ PEÑARROCHA falleció en Liria (Valencia), el día 3 de mayo. Cuenta en su haber de Obrera de la Cruz externa, veintisiete años. No cabe duda de que habrán pesado, como oro, en la balanza de su cuenta, reconocida en la presencia, cara a cara, del divino Maestro. Él la llamó, y ella respondió con prontitud, ayudándole en su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. A ella le podemos aplicar: el celo por la gloria de su casa le consume.

Ha sido uno de los fuertes pilares de la Iglesia de la Purísima, hoy parroquia. No regateó actividad alguna en sostener y acrecentar la verdadera espiritualidad en cuantos estuvieron a su alcance. Bien la podemos llamar alma de su parroquia. Llegó hasta donde pudo. Una santa inquietud acreció su espíritu. Con fuerte amor a Dios ornó su juventud, hasta sus últimos días. Que el mundo, que las almas se salven, fue su ansia, avalada por la ofrenda de sus sacrificios. Muchos, grandes y en extremo dolorosos, la han purificado durante varios años.

Terminó su carrera brillantemente. Tuve la dicha de visitarla semanas antes, de animarla, consolarla, y consolarme a la vista de una Obrera reducida al mínimo de cuerpo, mas crecida en espíritu de aceptación y ofrenda. Sentimos pena, pero el corazón, en lo íntimo, salta de gozo cuando recibe las últimas palabras de una Obrera que está pronta ya a partir para la eternidad, con el bagaje de largos años ofrendados a la gloria de Dios y de la Santísima Virgen, en cuyo amor rayó muy alto.

Fue Obrera de vocación sentida, leal y plena, hasta el último momento. Escondida bajo el manto hermosísimo y riquísimo de la Inmaculada, que las dos hermanas, gemelas de espíritu y vocación, dispusieron tejer, y con la medalla de la Virgen Dolorosa, ha muerto. Es el salto de la tierra al cielo.

Otra Obrera que se engarzará en la corona de la Virgen...

Josefa Espuig Montiel

25 de marzo de 1970
† 20 de agosto de 1974

LA Obrera externa JOSEFA ESPIG MONTIEL ha fallecido en Almusafes (Valencia), el pasado día 20 de agosto. Madre de las tres Obreras, Amparo, Carmen y Milagros Escribá Espuig, quiso en los últimos años de su vida consagrarse a Dios en nuestro Instituto. Y a él ha ofrecido con gran resignación su penosa, larga y postrera enfermedad.

Oremos por ella. Y confiamos en su intercesión ante la Virgen, por los que aquí continuamos en la brecha.

ÍNDICE ALFABÉTICO

	<i>Pág.</i>
Albiach Bolufer, Encarnación.....	199
Alpera Roig, Trinidad	13
Ariño Calvo, Encarnación	171
Arnal Cabo, Asunción	53
Barberá García, Edelmira	135
Bas Cardona, M. ^a Rosario	151
Benavent Ferrando, Desamparados	123
Císcar Císcar, M. ^a Teresa	61
Comes Cotanda, Amparo	163
Cuñat Cuñat, M. ^a Francisca	143
Cuñat Cuñat, Virtudes	35
Cuñat Sanz, Amparo	99
Dolz Sala, Zoe	155
Espuig Montiel, Josefa	207
Esteve Galán, Sacramento A.	179
Esteve Salas, Vicenta	27
Expósito López, Otilia R.	127
Ferrer Rodrigo, Dolores	183
Fontabella Lluesma, Remedios	95
Francés Peralta, Josefina	75
García Cortés, Edelmira	107
Guijarro Jiménez, Emilia	87
Guinart García, Ángeles	195
Ibáñez Sempere, Gloria	39
Ibarra Asensi, Amparo	57

	<i>Pág.</i>
Martínez Ferriol, Dolores	91
Martínez Marco, Encarnación	103
Martínez Muñoz, Matilde	71
Martínez Peñarrocha, Concepción	203
Merino Romero, Trinidad	187
Mestre Torres, Anita	83
Montón Blasco, Mercedes	147
Montoro Sevilla, Desamparados	119
Monzó Tormo, Regina	159
Moya Aldás, María	67
Olba Martínez, Concepción	31
Ortiz Morán, M. ^a Vicenta	47
Piris Bonet, Rosa	115
Porcal Romero, María	111
Quiles Vidal, Carmen	131
Quilis Cortell, Dolores	167
Ramos Ripoll, Gloria	23
Serra Martorell, Mercedes	191
Soler Villar, Carmen	17
Verdeguer Calap, Josefa	175

Í N D I C E

	<u>Pág.</u>
JUSTIFICACIÓN	7
PRESENTACIÓN	11
Trinidad Alpera Roig	13
Carmen Soler Villar	17
Gloria Ramos Ripoll	23
Vicenta Esteve Salas	27
Concepción Olba Martínez	31
Virtudes Cuñat Cuñat	35
Gloria Ibáñez Sempere	39
M. ^a Vicenta Ortiz Morán	47
Asunción Arnal Cabo	53
Amparo Ibarra Asensi	57
M. ^a Teresa Císcar Císcar	61
María Moya Aldás	67
Matilde Martínez Muñoz	71
Josefina Francés Peralta	75
Anita Mestre Torres	83
Emilia Guijarro Jiménez	87
Dolores Martínez Ferriol	91
Remedios Fontabella Lluesma	95

	<i>Pág.</i>
Amparo Cuñat Sanz	99
Encarnación Martínez Marco	103
Edelmira García Cortés	107
María Porcal Romero	111
Rosa Piris Bonet	115
Desamparados Montoro Sevilla	119
Desamparados Benavent Ferrando	123
Otilia R. Expósito López	127
Carmen Quiles Vidal	131
Edelmira Barberá García	135
M. ^a Francisca Cuñat Cuñat	143
Mercedes Montón Blasco	147
M. ^a Rosario Bas Cardona	151
Zoe Dolz Sala	155
Regina Monzó Tormo	159
Amparo Comes Cotanda	163
Dolores Quilis Cortell	167
Encarnación Ariño Calvo	171
Josefa Verdeguer Calap	175
Sacramento A. Esteve Galán	179
Dolores Ferrer Rodrigo	183
Trinidad Merino Romero	187
Mercedes Serra Martorell	191
Ángeles Guinart García	195
Encarnación Albiach Bolufer	199
Concepción Martínez Peñarrocha	203
Josefa Espuig Montiel	207
ÍNDICE ALFABÉTICO	211

*Este libro se terminó de imprimir
en Artes Gráficas Soler, S. A.,
de la ciudad de Valencia,
el 14 de enero de 1995,
fiesta de san Juan de Ribera*

L D
 ⊞
V M

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

- 1924 *El Castillo-Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera*. Valencia.
- 1931 *La vida del espíritu*. Valencia.
Reediciones: Moncada (Valencia), 1953 y 1962; Valencia, 1972 y 1994.
- 1943 *Directores de Ejercicios Espirituales*. Valencia.
- 1945 *Manual de las Obreras de la Cruz*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1987.
- 1949 *Siete Dolores de la Santísima Virgen*. Valencia.
Reediciones: Valencia, 1969 y 1977.
- 1952 *Estímulos*. Moncada (Valencia).
Reediciones: Moncada (Valencia), 1962; Valencia, 1995.
- 1955 *El arte de encomendarse a Dios*. Valencia.
- 1955 *Formación moral y acción de apostolado*. Valencia.
Reedición: Valencia, 1994.
- 1962 *Cantoral*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1989.
- 1964 *Constituciones*. Valencia.
Reediciones acomodadas a tenor de las disposiciones emanadas de la Santa Sede: Valencia, 1973 y 1987.
- 1978 *Habla el Boletín...* Valencia.
- 1978 *Espigando*. Valencia.
- 1989 *Retiros*, 4 vols. Valencia.
- 1995 *Luces sobre el celemín*. Valencia.
- 1995 *Señor, que vea...* Valencia.
- 1995 *¡Tú puedes...!* Valencia.

